

Sin punto final

Óscar Duque Cano



LETRA X LETRA

Duque Cano, Óscar

Sin punto final / Óscar Duque Cano. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2011.

114 p. ; 22 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-098-0

I. Cuentos colombianos 2. Literatura colombiana I. Tít II. Serie.

Co861.6 22

A1303468

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Sin punto final

Primera edición: septiembre de 2011

© Óscar Duque Cano

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 #7 sur-50, Medellín

Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-098-0

Ilustración de carátula: Julio Pablo Domínguez

Editado en Medellín, Colombia

Tabla de contenido

El corredor.....	7
Alguien cuida estas calles	13
Ataúdes de colores	19
Ambiente familiar	27
El muro.....	34
Como granos de maíz	42
La partida	48
La contorsionista.....	57
El premio	67
El país de la muerte perdida.....	80
Primero	80
Segundo.....	83
Tercero.....	85
Cuarto	88

Quinto	90
Sexto.....	92
... Y, séptimo	93
Sin punto final	96

El corredor

El único don que tengo es correr. Es un don que me llegó del cielo sin pedírselo a nadie. En un minuto me pierdo en la primera esquina, sin darle tiempo para que alguno pueda saber quién le rozó el brazo o el pantalón. Nunca como Danilo Estrada, que viajó a pie hasta Washington, y luego se devolvió sin alharacas. Ni de lejos igual a Forrest Gump, que abrazó al presidente Kennedy después de muerto. No. Lo mío es otra cosa. Más natural. Más sencilla. Es un simple golpe al chasquear un par de dedos. Tal vez me acerco más a aquel muchacho que toca guitarra y canta en las calles, o al que lanza cuchillos al aire sin herirse, o al que echa fuego por la boca, o a la anciana que bambolea una cinta o canta tangos en los buses, o al del pulso certero y tiro al blanco perfecto, o al niño aquél que trató de salvar la ciudad con sus gotas de vida, así, seres así, que nacen con su destino marcado, tal como usted.

Imagínese que no sudo. En la medida que corro me voy poniendo más blanco. Es ver la sangre esconderse o desaparecer para que mi cerebro entre en un estado de plenitud, y perderme en ensoñaciones y misticismos. Y el pulso bajito, bajito, como si estuviera muerto. El miedo y la cobardía

juntos, me dijo un amigo al ver mi rostro pálido después de un pique largo. Aun así, me recibió los objetos rapados y los redimió por algunos billetes. Pareciera una traba de ésas cuando a uno se le va la mano y le mete pepas y un poco de alcohol. Una vez desperté al otro lado de las montañas del valle, por el oriente, con los tenis rotos y la ropa rasgada. Regresé donde *Tarzán*, que asustado hurgó en mis bolsillos buscando una piedra que, según él, me había dado a guardar en el golpe a la compraventa de la cuarentaicinco. Eufórico, me regaló unos pesos y esta navaja cruz blanca, mire usted no más.

Eran los tiempos del policía que caminaba apacible por las calles del barrio. Con su uniforme deslustrado y pálido recorría las calles sin prisa y paraba a conversar en las esquinas. Se le veía corretear a los muchachos que vagaban en el arenero al lado del colegio. Sin saber por qué, se enamoró de mí y se obsesionó en capturarme. Yo no lo sabía. El corro de muchachos gritaba cuando aparecía el uniformado, ¡el *Corredor!* Y se quedaban tan frescos viéndolo correr tras de mi sombra. Después de tres trompadas dejé sentado mi apodo. Un ejercicio del hombre, no un simple oficio de la calle, ¡no!, mi oficio es transmitir el saber, el saber cómo evadir el castigo.

Ahí fue cuando me reclutó *Tarzán* para ser el campanero del grupo. Les guardaba la espalda cinco cuadras más abajo del lugar de reunión. Yo no hacía nada, sólo correr. Fue por allá en los tiempos de la embriaguez de marihuana para desobedecer la voz desde el altar, desde el salón de clase, la voz de papá aullando al sacar el cuero de sus pantalones. Eran los tiempos del cuchillo envainado en papel periódico

para ofender el primer saludo, cuando correr era un arte y te salvaba la vida. Ahora ya no, no sirve de nada correr, ni esconderse, una bala es demasiado para los pies más veloces, y aún peor, una bala montada en una quinientos ya roza con la velocidad de la luz. Antes, para matar, se necesitaba un motivo que te daba el valor y la conciencia para mirar al otro a los ojos y prevenir: te voy a matar, y ahí sí, a correr. Pero yo nunca maté a nadie. Ni siquiera eso aprendí. Nada aprendí en la vida. Porque eso de correr me nació como un diente más. Pero como el diente, también se me cayó. Poco a poco los años anquilosaron cada hueso a su articulación y tuve que dejar de correr. Ayudado por el tiro que me pegó usted, cuando acabó con la banda de *Culibajito*. Eso salió en *Sucesos Sensacionales*, ¿se acuerda? Afortunadamente ni mi foto ni mi nombre salieron a la luz. Sólo la captura de alias *Corredor* se robó algunas líneas.

No, señor inspector, ése no era yo, el de la pistola era otro, yo soy el *Corredor*. ¿Cómo así? Sí, el que corrió cuando ustedes llegaron. Pero yo no vi a nadie correr. Ese es mi mérito, Déjese de pendejadas hombre y cante de una vez. Puede usted apretar todo lo que quiera. ¡Hasta ahí! Ahí lo siento firme, puede ser que más allá cante por fin. Pero no, ni aún así cantaré, porque yo no sé hablar, sólo correr, apriete por favor señor inspector, mis huesos se resisten a hablar. Puede que no hablen, pero con seguridad correrán. Porque, aunque usted no lo crea, el cuento de las palabras es un correr distinto, ellas se van entrelazando en los primeros pasos, y saltan y retroceden y esquivan los vacíos como enfrentando la muerte. Sí, señor inspector, usted me pide que invente un cuento de verdad para dar la partida a las palabras. Usted es muy listo pero ya me le pillé el truquito.

Tanto que corrí para llegar a esto, conversando con usted para salvar su pellejo. Aquí, postrado en esta silla del San Vicente de Paúl. Chupo este cigarro para ahogar un poco la bocanada de vida que cada día me trae hasta esta esquina. Y aunque su radio Sanyo nos enternezca con boleros, mientras usted se desatiende de mi dolor, yo sé que algún sinsabor fastidiará su arrobamiento. Es que la vida no es fácil, señor inspector, perdone usted no más y continúe con su labor de domador de circo. Mire no más estas manos de niña encallecidas de tanto arrastrar las ruedas de este batimóvil, porque esas manos que usted destroza no me importan, no me impiden correr, ¡ahí!, ¡ahí!, es ahí donde me duele, donde no pueda correr.

Y miro a la gente correr y me da risa verles los rostros adustos y aceitosos sin saber que alguien como yo lo hace sin merecerlo y sin sentirlo.

Y sí, claro que le tiré al deporte, eso fue idea de *Tarzán*. Me compró una camisilla, una pantaloneta y unos tenis nuevos. Trotaba por las tardes, hasta caída la noche, en la mochila llevaba recados de esquina en esquina, repartiendo encargos y mensajes hasta los lugares más apartados. Todo estaba bien delimitado, y si me perdía, los hondazos de la banda del barrio Berlín me lo recordaban muy seriamente, ¡devolvete *Corredor*, no seas sucio *Corredor*!; ¡buscate un patrocinio decente!, cosas sin sentido, para herirlo a uno. Pero yo como si nada me devolvía a los dominios de *Tarzán*, que eran del Culibajito, esos que lo trasnochaban, señor inspector.

Tarzán era un gran tipo. Nadie lo superaba fumando marihuana y levantando pesas. Así como yo, él tenía su don,

y era ese, levantar pesas y fumar marihuana. Salía por la mañana con su melena húmeda y sin peinar. Tenía su pinta el *Tarzán*. Más o menos diez cosas se tiraba en la esquina, en su jornada de ejercicios. Antes nos miraba con furia y nos arrinconaba con la barra de hierro adornada en sus extremos con latas rellenas de cemento reclamando su espacio. No sé por qué infundían tanto miedo las cicatrices de su cuerpo. Sobre todo una en su cara como un rollo de carne cruda, desde su oreja derecha hasta la comisura de los labios. Y el tatuaje en su pecho, tal vez un símbolo de venganza que se dibujaba en sus ojos. Claro que usted, señor inspector, decía que tan machito no debe ser desde que se dejó rayar así. Pero yo respetaba a *Tarzán*, él sabía ponerle oficio a mi facilidad de correr. Puede ser que usted lo odie por *razones profesionales*, que piense en él como en un trofeo de guerra, pero para mí es el ideal que de niño se soñó y luego las calles convirtieron en realidad, un hombre de músculos que aprisiona el mundo con sus manos. No un maniático como yo, (o como usted ¿por qué no?) que huye día tras día.

Hubo un tiempo que usted no supo nada de mí, cuando mi trabajo se vino a pique y mis pasos se hicieron pesados y buscaron otras formas de evadir el peligro, como hablar y recordar.

Nunca he viajado cien kilómetros fuera de la ciudad. Y vaya usted a ver que nunca he parado de correr. Tal un trompo que avanza unos metros en su remolino fugaz. De niño a viejo en un segundo, mientras el juguete, irisado en sus mil giros, va aclarando ante mis ojos la belleza de mi carrera, pero también su sinsentido. De *Corredor* a *Cuidador* de recuerdos. Una bestia enjaulada babeando el piso desde

los metales de la silla. Sí, señor inspector, yo soy el *Corredor*, para qué negarlo, puede estar seguro de eso y de algo más, nunca saldrá de mi boca el escondite de *Tarzán*.

Alguien cuida estas calles

La aguja se desplaza sobre el acetato iniciando una canción en la penumbra. Un cigarrillo se consume en un rincón al final de un cuerpo estático que yace sobre un viejo catre cubierto con una colcha de retazos. No se ven los colores, pero se siente la diversidad de las telas en la mano izquierda del *Cuidador*, a veces juega con la superficie deslizándose por el borde de la costura, presintiendo así el largo de cada retazo. Al final tropieza con el metal y lo sujeta con la seguridad tantas veces levantada en las noches de su oficio. El incendio del sol de julio se cuelga por el quicio de la puerta junto con el ruido de un juego callejero, alcanzando a reflejar las fotos de mujeres desnudas pegadas alrededor de la imagen de un rostro sobre el fondo de la puerta de entrada. Le apunta sin querer apagando un ojo. Parece un santo aquella imagen pura, nívea, de una sonrisa contagiosa y un peinado de gomina que no se desharía al tronar del metal. La canción simula salir de su boca en un lamento que obliga otra aspirada al cigarrillo encendido en las sombras. Trata de aliviar la garganta con un trago de un tazón perdido en el suelo. El agua fría le limpia la sordera y se despierta un poco. La canción termina y la aguja cabecea rítmicamente

sin alcanzar a levantarse. Ya el equipo perdió su gran atractivo de modernidad y hay que reiniciarlo manualmente. No lo hace, presiona el interruptor y un bombillo opaco molesta sus ojos. Se acomoda en el sillón de patas metálicas y coge de la pila de diarios uno cualquiera. Lee acerca de algunos asesinatos cometidos en las noches de la semana anterior. Repasa y compara los cuerpos desnudos de cada ejemplar, y cree adivinar la nacionalidad de algunas de las rubias que colecciona sin esconderlas, como un acto de valentía para acompañar su soledad. Mira con fastidio cómo un ratón atraviesa la pieza hacia la cocina. Recoge los pies sin darse cuenta, mueve los labios en un gesto indefinido hasta dibujar una sonrisa de congoja. Observa con dificultad el reloj, el golpeteo del balón en la puerta no lo enfurece como otras veces cuando salía machete en mano tras él y lo volvía trizas. Pulsa la radio seguro de dormir con el canto de los goles de la tarde. Apaga la luz. El himno nacional aún no termina. Se restriega los oídos, tira rollitos de cera que presiente caerán de golpe al recipiente, pero no le importa. Recoge los brazos detrás de su cabeza y se dispone a jugar el mejor partido, aquél que se juega en la imaginación. Termina el himno y otra cosa muy diferente se escucha desde el aparato.

Tal vez por el frío de la madrugada que lo atraviesa sin enfriarlo, alucina sin saberlo. Ve a los suyos dormir después de la jornada en oficios asumidos sin permiso, con cierta gracia natural y, a lo mejor, como destreza artística de la que él no fue capaz. ¿Cómo cantar tangos en un bus sin sonrojarse?, ¿cómo vender confites desde niño hasta crecer en el oficio? ¡Que duerman, para eso camino estas calles! Ve a doña Josefina la *Cantora* trastabillar en la esquina que

se dobla junto con ella. El vestido de luces que lleva puesto está manchado de cigarrillo y de licor; aún sus babas y lágrimas le humedecen las mejillas. Las piernas, hinchadas de tanto llevarlas a cantar con su voz al aire libre, brotan de los remiendos de las medias. La coge del brazo y la conduce al cuarto donde, una que otra vez, acostumbra compartir la madrugada con alguna peregrina. La arropa con su vieja sábana y quisiera besarla, pero simplemente la abraza para sentir su calor.

¿O, serán las voces de los niños que crecieron a su lado y ya corren en grupos hostiles las calles solitarias, dispuestos a reemplazarlo por orden del nuevo *Cuidador*, las que le llegan en la duermevela de su jornada? ¿O el recuerdo de aquellos días, cuando aparecieron por primera vez los carteles en letras negras saludándolos a todos y ordenándoles tareas cual tablas de una nueva ley: *celador hp*, *dejá de tarzaniar*, como leyó un día al clarear el sol? Odiaba de verdad el remoquete de celador. No era una palabra precisa para la entrega de su oficio. Se le asemejaba a emboscada, a trampa, a acciones en las sombras. Y su oficio era caminar de frente en la noche cerrada anunciando sus pasos con su silbato de policía. Eso fue antes, ahora, los niños lo acosan en motos que rompen el silencio de las calles desiertas, organizados con precisión y en formación, conforme muñecos del futbolito. *Tarzán* los escruta desde el pasaje, cierra la puerta, sigiloso, y en sus ojos brilla una luz al escuchar el silbido que los corretea sin temor. Un brillo que augura la seguridad de reinar en la esquina como jefe de la tribu.

El sonsonete de la radio se disuelve con las voces del pasado. Cree ver por ahí cómo crece el rimero de pequeños

ataúdes sin adornos que la madre de Ayzar rehacerá con esmero en cofres festivos, con minuciosidad de costurera de hilos ordinarios para los vestidos finales, todos ellos de azul para los niños y rosado para las niñas muertas. También recordará cómo aquél que una vez fue, el que un día durmió con la bruja del pasaje, ve una pintura de mujer desnuda transformarse ante sus ojos en un caminante que lo persigue sin alcanzarlo.

El sol de mediodía reabre el panel de recuerdos y calienta las hojas de zinc. Es un látigo que castiga la memoria. Pero la memoria se levanta y quiere correr por fuera de este cuarto y él, el guardador de recuerdos, se va por cada hendidura de las paredes abiertas al despertar del barrio. Porque allí, en esa calle de albañiles y tejedores de lana, donde las casas nacen cual piedras caídas al camino, pastan con desidia hombres con los oficios más inútiles que se pueda uno imaginar, y él, como un zombi, les cuida la espalda mientras les recibe sus monedas. Al idiota del pasaje lo utilizan para suavizar zapatos nuevos; las meretrices venden empanadas en las fiestas parroquiales; el voceador de prensa pega con engrudo las páginas deportivas en el granero de la esquina; don Ricardo cobra diez céntimos por ver televisión en blanco y negro; monedas, oficios de monedas que pretenden salvarlos de las miserias de su pobreza. Y en el barrio están todos decorando los cofres de madera desnuda con cintas de colores para sexos diferentes. ¿Otra vez?, ya no piensa bien el *Cuidador*, ¿o piensa demasiado en lo que ya perdió?

El sueño de sus vecinos acompaña la sombra campesina de pies arqueados y la capa de tres picos que aparece de pronto en los descampados donde un farol la ilumina, luego desaparece en la neblina que baja de la montaña. Él

siente el murmullo de la noche, los ojos enrojecidos que se clavan en su nuca como navajazos, pero repite el ciclo de cruzar la quebrada para mirar detrás de los matorrales, volver al granero Farolito, a la esquina de *Tarzán*, avanzar hasta la iglesia de La Virgen de las Nieves y luego bajar con el miedo a la espalda. Parado ante él, bajó la mano para asir el mango del machete que le daba el temple a su oficio para poder mirarle a los ojos, *Tarzán* escupió sobre sus alpargatas y le hizo un gesto con la mano para que siguiera de largo. Pasó ante el grupo de muchachos que vigilaban también las noches de las calles del barrio, la espalda se le entumeció de nuevo, pero nadie se enteró. Era como si el frío fuera de hierro. La espera se va estirando como un caucho a punto de romperse. La tranquilidad de otros tiempos se quiebra con los fogonazos de motores que rugen en la pendiente y llegan hasta sus pies murmurando al paso: “*¡Y éste qué...? tranquilo, es inofensivo, el que importa es el otro*”, como si él no existiera, como si ya estuviera muerto, como si su arma fuera de palo. “*¡Niños! ¡Niños con juguetes!*”.

El tiempo se detiene. Se ve paralizado en una esquina. Es un signo estático que decora la ciudad. Horas, horas quietas con las corvas estiradas a punto de romperse; días, días de vértigo con la respiración contenida en impecables oficinas; noches, noches de acecho a la caza del ruido, el maldito ruido que nunca llega; años, años sin esperanza aferrado al metal dispuesto a matar al leve zumbido de una mosca. La vida entera alquilada dando pasos recelosos, dispuesto a enfrentar la muerte. Cuido, protejo, salvo. ¿Qué cuido? Nada, sólo fantasmas, qué más puedo cuidar si nada conseguí, sólo los años se acumularon en mi rincón. Pude haber sido el famoso puntero derecho que soñé; o el inigualable

bolerista que mi primera novia anheló; o..., pero no, sólo soy el *Cuidador* de calles ya ajenas que no me reconocen.

El hastío y la soledad se transforman en argumentos de fastidio y maldiciones. Su mente se enreda en ideas de reproche. Todos me han robado algo. Horas de sueño y de descanso. Noches enteras. La lozanía de mi piel se ha ido en jornadas de pico y pala, de vigilia, de tocar puertas para alquilarme. Mis entrañas se han lacerado hasta sangrar, atormentadas por la tensión y la zozobra.

Un ruido seco despierta al *Cuidador*. Aturdido, coge el arma y abre la puerta seguro de cumplir con su deber. Un carnaval de cuerpos jóvenes tras el disfraz de caras monstruosas se le viene encima con el peso de la muerte. No se sorprende. No comprende nada. Sólo dispara en forma certera a la frente del más joven, tal vez para ahogar el ruido interior que le genera el pánico a la muerte, tal vez buscando el silencio de la noche, y simplemente seguir cuidando; pero no lo ve caer redondo en la puerta, ve al piso incrustarse en su propio rostro hasta partirle el cerebro.

Al domingo siguiente, la luz del sol se filtra por el ala entreabierta del que fuera su cuarto. En el camastro vacío, las revistas de mujeres desnudas medio cubiertas por la colcha de retazos esperan ser redescubiertas. Un ratón asoma el hocico perezosamente. Un balón rebota en el quicio de su cuarto. Nadie se atreve a recogerlo. Los jóvenes se miran sin moverse; no se ve a nadie; pero la puerta entornada los detiene. Aparece de pronto *Tarzán* que golpea con furia el balón y les grita ignorándolos: *¡Témanle a los vivos, soldaditos de mierda, a trabajar!* Avanza sin prisa, seguro de sí mismo, como si alguien cuidara sus pasos.

Ataúdes de colores

Llegaron una tarde de cielo encapotado y vientos fuertes, una tarde fea, de esas de octubre que presagian lluvias, en un carretón tirado por un caballo flaco y desgarrado bajo el mando distraído de un cochero con un ojo de vidrio blanco, presto a saltarle a cada instante: la tarde que Azucena se fue de la casa. El coche rebosaba con sus corotos en los pocos viajes que fueron necesarios para el trasteo, aparecía cada tanto en la esquina después de subir la falda de la ochentaiuno, la bestia resoplando y el cochero a pie, injuriándolo. En el último tramo, volteó por el frente del granero de don Saúl cargado de pequeños ataúdes, pasaron lentos por el granero, luego por el pasaje hasta llegar a su nueva casa donde se detuvieron. El rumor se esparció de pronto acompasado con los goterones que trajo la noche: parece que una bruja se metió en la casa de los Sánchez (una letanía de voces infantiles). Algunos nos santiguamos, otros cerraron las puertas, los niños se arrebujaron en sus camas.

Al día siguiente salen temprano para la escuela mientras se escucha el llanto de un bebé. En la tarde corren directo a casa. Nunca se les ve acompañados de algún hombre mayor. Se ven dedicados al estudio y al negocio familiar, no se

enredan en la calle con ninguno de los vecinos. El niño del pasaje los mira con simpatía desde su rincón en la esquina, sin dejar de jugar con la florecita pegada al pie derecho.

Los hijos ya estarán en la escuela, ella desenreda con soltura los hilos y cintillas sin lograr asir sus pensamientos, debe cortar y coser toda la mañana para adelantar los forros que ellos pondrán a los pequeños ataúdes, de eso se les veía vivir, de convertir en casitas de muñecas los cofres ordinarios de madera basta; de lo otro, se le oyó tal vez comentar con Azucena algún día que regresó a saludar: lo poco que lograba sonsacarle a su perdido esposo, perdido en un bar del centro con cualquier mujerzuela, cansado tal vez de arrojar la muerte con el oficio que les enseñó, y decidido a olvidar una herencia que los persigue por una vida más festiva y libre. O tal vez lo dijo en la casa de los Sánchez, en el solar, al pie del limonar, al mirar el nacimiento de agua limpia que brota del sótano y bordea el árbol, al frente de don Alberto quien recita, son suyos, con una sonrisa que deja ver una capa amarilla de nicotina pegada a sus dientes, sólo con ellos habló de su separación, sólo con ella, Azucena, abrió su corazón; compañeras de infortunio, se separarían solidarias. Ella también se sonríe y sabe que los utilizará más de una vez: aguapanela con limón para calmar la sed de sus hijos, antes de entrar a las dos habitaciones en ladrillo sin ningún tipo de acabado donde espera vivir por largo tiempo.

Tiene cuatro hijos que estudian en la escuela del barrio, menos la menor, quien sufre una enfermedad congénita y a quien mece cada tanto en uno de esos pequeños ataúdes sin forrar, que luego tiene que rociar con alcohol para quitarle el olor a orín. La mira en su pequeño cofre y se estremece,

su pequeña enfermita ha sido desahuciada, no la quieren en el hospital, la ve como muerta en su pequeño ataúd; al rato, oye sus ronquidos y se alivia un poco mientras cose. Mira los catres llenos de ataúdes, se siente culpable de atraer la muerte, piensa por un minuto que quizá si deja de preparar mortajas no morirían tantos niños, quizá los suyos descansarían... no, ni pensarlo, por ellos, toda su vida por ellos, y reinicia la labor.

A pesar de la orden de la madre de esquivar a los habitantes del pasaje, Ayzar se atreve a cruzar el umbral, acompañado del niño que los miraba desde la esquina. La voz de ella sigue sus pasos: allí no se estudia, se vive a trancazos cada día, pero su recado se diluye en el misterio de lo prohibido. Se asusta con la madurez del niño al verlo de zapatos tenis, cachucha, cigarrillo encendido, formando un cuadro contra la pared de la esquina con su pierna izquierda. Se entusiasma con la colección de cajetillas de cigarrillos y no le cree cuando le cuenta que todos se los había fumado él solo. En la pieza de su mamá, que permanece vacía en las tardes, pasan horas de aprendizaje, aprende a manejar las cartas y a tirar los dados, a retener el humo y vaciar una copa hasta el fondo, a no hacer nada hasta saciar la imaginación con aventuras. Tal vez sus temores se fueron rápidamente. Tal vez así tenía que ser.

Ya están en la pieza del niño fumando cigarrillo y ren-
dijeando entre las tablas que separan los cuartos. Después de algunos intentos aprendió a tocarse sin temor, mirando a la loca bañarse con desgano horas enteras. Varias veces volaron al Bosque a coger mangos y buscar pececitos en los fangales del lago para venderlos en la cuadra, empacados en

bolsas de polietileno. A la subida escogían la tienda de turno para tomar un refrigerio: pan con salchichón y gaseosa, luego pedían para llevar algo de lo más alto de la estantería. Un papel higiénico, una lata de sardinas, iban pidiendo hasta que el ventero recostara su escalera y trepara a lo alto del escaparate. ¡Adiós, viejo guevón! gritaban jubilosos en veloz carrera falda arriba. Machetes, fierros, palos, hasta un disparo al aire los siguió en la pendiente.

Al final de la tarde los hijos bajan en su pequeña carretilla de tres ruedas los ataúdes que estén listos para entregar y así tener con que comprar los alimentos del día siguiente, viven del diario, nunca sobra algo para ahorrar, después de la comida todo queda limpio, ni ratones ni cucarachas tendrán cabida en esta casa. El carrito fúnebre, halado por el pequeño cochero, coge vía por la avenida con su carga forrada en plástico, protegiéndola de salpiques y de polvo. Todos los miramos como si arrastraran la muerte. Todos descansamos con un suspiro de alivio al verlos pasar de largo ante nuestras casas. Ellos sólo piensan en el helado de agua que podrán comprar a la subida, apuestan maniobras, frenan, empujan, disfrutan la tarea de traer dinero a casa. Los autobuses pasan a su lado tentando al destino por llegar justos al control del reloj. Al frente de la estatua oscura de un pequeño hombre de sonrisa franca se detienen para entregar la carga. Cuatro rosados porque se les acabó la cintilla azul y ya no les fían más en la tienda. El encargado les recibe los ataúdes, hace un gesto de aprobación después de contar los pliegues de cada uno de los ataúdes. Es lo que le da vida a nuestro trabajo, dice en medio de un espasmo de risa mientras les entrega doscientos pesos y otros cuatro

cajones, desde el fondo remata: díganle a su mamá que no más rosados por esta semana, sólo azules por favor, estos niños se matan solos.

Se vuelven maestros en correr tras los carros surtidores de leche, tras los carros surtidores de gaseosas, tras el carro de las cervezas, cogen la mercancía que transportan libremente en el borde sin ninguna protección. Después ayudan a Tarzán, en la venta de marihuana en la esquina del granero Farolito, a expandir el negocio calle arriba. El arrume de cajetillas se hincha con billetes verdaderos. Luego les llega gente de las grandes ligas. Negocios de verdad. Películas de verdad. Ayzar, juiciosito, piensa en el futuro de su familia y le acompaña sin chistar. Él quería ayudarlo de verdad.

Primero vimos morir a la bebita, la niña de los huesos frágiles, se quedó dormida en su caja bordada de color azul después de luchar contra la enfermedad, después de rogar en el hospital, después de mendigar esa droga cara y odiosa que nunca obró en su beneficio, después de arrodillarse y orar hasta sangrar, como si la ciencia o tal vez Dios la condenara a morir así. Tuvo que insistir para que les fiaran las telas y cintillas rosadas. En el mismo carrito bajaron con los Sánchez a enterrarla al cementerio de los pobres. Era el primer escalón que descendían. Sus nubados ojos se negaron a seguir pero la obligación era más grande que el dolor. Los maltratados dedos cosen y cosen. Su rostro se transforma en un surco recién arado. Sus pasos se aligeran con un cuerpo cada vez más transparente.

Los meses venideros trajeron noticias de un Ayzar frenético y enardecido. Ella luchó por traerlo de nuevo a casa. ¡Tanto que le rogó para que no frecuentara ese maldito

pasaje!, tantos moretones cuando lo veía con ese monito en la esquina, tantas dudas al verlo salir a la calle, tanto sufrir al verlo aprender a fumar. A sus doce años inició carrera con muchachos mayores, para salir de esta verraca pobreza, le oía gritar ella como disculpándose; dicen que no sufrió, no se supo quién, dizque saldada de cuentas, ¡qué cuentas podría tener ese culicagado!, su cuerpecito aún cabía en uno de los pequeños ataúdes donde se tendió bruscamente y sin permiso.

Ya sus manos no necesitan ojos. Ya su cuerpo obedece a señales que no están bajo su control. Seca el alma, seco el cuerpo, sin rezos, sin llanto, anclada en el piso naturalmente. No supo de dónde sacó los últimos arrestos, pero siguió trabajando. Tenía el corazón roto en dos, pero aun así, clavó la aguja una y otra vez, día tras día. Pero la herencia de este oficio que ella presumía maldito se transformaba en un monstruo de mil cabezas que reaparecía contra sus hijos. A las otras dos las alcanzó la dichosa enfermedad, la enfermedad de la abuela y de la hermana, sus cuerpos se arrugaron y perdieron la lozanía de otros días, sus huesos se desencajaron como hojas resecas. En dos años la tarde de octubre ahogó sus sueños. Bajó el último escalón.

Dio por terminada por fin su labor. Dicen que cerró con llave los cuartos repletos de ataúdes, pasó de largo por la sala de los Sánchez que por algún motivo le pareció vacía, sus paredes blancas fastidiaban su visión, tiró la llave al pozo, subió las escaleras, bajó por la avenida, paró frente a la funeraria que surtía con su trabajo, paró y miró por última vez, siguió caminando hasta que se le pudrieron los zapatos, el vestido se le fue desgajando. La mugre de la

ciudad cabalgaba en su piel, en su cabello, se incrustaba en sus uñas, caminó al lado de la culpa, la sintió ahí, pegada a su cuello, su respiración de niño muerto le entró por los oídos hasta el fondo del cerebro, aceleró el paso y la espantó con las manos para que se alejara.

En el centro del Parque Principal ve un niño de ojos estrábicos, rasgados por el sol de la mañana, inundados de rojo por el vaho que aspira del gollete que otras manos, no sus manos, acercaron a su rostro. Lo mira desde el abismo sin llegar a sentir dolor, trata de seguir pero la voz del niño la detiene: ¿Dónde queda mi barrio? Es un sonido ronco que no parece humano. Ella se paraliza sin saber qué responder, ¿Dónde queda mi barrio? Repite el niño con palabras ahorcadas en su mente que no le dicen nada. El pequeño poeta diletante recita su letanía mientras reparte propaganda de sahumeros, quiromancias y loterías en papelitos de mano en mano que nunca alcanzará a leer: en mi barrio no hay teatros, ni edificios, ni circos, ni ciclovías, ni gimnasios, ni bibliotecas; los teatros, los estadios y los circos los llenamos mitad pagando, mitad sin pagar, los muchachos de mi barrio. Se sienta a su lado para escuchar esa voz áspera y en sonsonete que le arrulla mientras descansa. ¿Dónde queda mi barrio? Es como si de verdad ella se lo preguntara una y otra vez. La idea de niños corriendo parece envolverla en el mutismo de quien no tiene qué decir, no vale la pena.

Ella camina con la mano cerrada como cargando una maleta para decirle al mundo que sólo va de paso. A veces regresa y se esconde en el pasaje. En las noches de invierno se acurruca en el fogón comunitario a esperar que él regrese. Ve a sus hijos mirar desde la ventana del cuarto

el hilo de agua cristalina que nace del sótano que forman columnas rústicas de mampostería, los ve convencidos de la fuerza de la vida del agua al brotar de la oscuridad. Coge del brazo al monito para que se siente al frente suyo. Sin hablar le muestra sus ojos rojos en señal de pregunta. Él le cuenta de sus andanzas y proyectos. Ella lo calla, sus manos temblorosas juegan con dos cintillas de colores, azul para sus niños, rosado para sus niñas, con las que le adorna las muñecas, un frío extraño le recorre el cuerpo y lo impulsa a rechazar esa suave prisión.

Ambiente familiar

Ambiente familiar, se lee en la pared en letras gruesas, rojas, opacas, por encima de la horizontal de la barra, en letras apagadas debajo del nombre luminoso del bar. Así lo es para el dueño, un hombre de gran estómago y cabeza chica; para los clientes que, aletargados en sus sillas, ven pasar las horas de descanso antes de volver a casa. Y lo es, un ambiente familiar que da la confianza de una caricia pagada, para las mujeres pintarrajeadas, embolsadas en vestidos de jovencitas que atienden como autómatas. Es como si quisieran salvar con ese nombre el pecado que otros pudieran sospechar se cocina en aquel sótano de Quincalla. Baja trece peldaños a un pozo desconocido pero sin ninguna prevención, con la certidumbre que da la familia reunida.

La mujer de peinado alto como bola de cristal cuelga los brazos del cuello del joven. Canta un bolero sin ritmo y con rabia. Se mueve sin alardear pero acompasando el son. Él, con sus manos tocando leve las caderas, se deja llevar. El perfume que absorbe del lóbulo de su oreja le endulza la nariz. La media luz del bar deja ver algunas mesas ocupadas por hombres solitarios tomando cerveza y uno que otro acompañado por una mujer. En un rincón tres

mujeres fuman un cigarrillo nacional que pasa de boca en boca. Para él esa noche tendrá el olor de perfume de mujer mezclado con sudor de mujer. Tendrá también la suavidad de un cuerpo de mujer. Telas finas. Piel fría en la madrugada. Cuerpo apretado y realzado por ropas escasas en un cuarto al final de un corredor. Tendrá...

La música para y la mujer lo arrastra de la mano hasta la mesa que había escogido al entrar, cerca del piano. Bebe de su copa ya iniciada y enciende un cigarrillo. —Ese hijueputa me las paga —le dice al corro de mujeres del rincón y sorbe el resto de la copa. —Nunca, nunca más —dice para sí como si él no estuviera. Se conduele de su rostro amoratado y baja los ojos sin pensar que verá sus hermosas piernas que se bambolean demasiado abiertas sin encontrar apoyo, busca dónde poner sus manos para no tocarlas.

Despertó con la sensación de haber escuchado el ruido del agua que corre de un chorro salido de un tubo grueso en alguna parte allá en el fondo de la casa. No podía aguantar más, su vejiga reventaba. Se levantó apresurado. El frío del piso de cemento aumentó esa gota que lo haría estallar. Al salir al pasillo se detuvo asustado, el cuerpo semidesnudo de Amparo lo deslumbró. Miró hacia atrás al cuarto de sus padres y aguzó el oído. Vuelve y la mira. Las piernas blancas se abren demasiado, presiente la fuerza de un movimiento en ellas como pinzas que quisieran ahorcarlo. Una cae al piso dispuesta a dar un paso, flácida, la otra se eleva sobre el espaldar del sofá en posición de descanso. Se lleva la mano a la boca para contener el espasmo de risa, ella lo incita. Duerme en ese sofá ocasionalmente cuando el casero se cansa del no pago, de sus escándalos al amanecer, para

dejarla en la calle por unas semanas y volver a recibirla al ver los billetes salir de su cartera. La sábana se abre sobre sus piernas como un velo nupcial que no deja ver el rostro anhelado de la novia con su peinado de bola de cristal. La mano derecha cae al piso con el puño cerrado en un gesto que parece vulgar. Los encajes de sus pequeños calzones que se pliegan a sus curvas delineadas en trazos limpios y cortantes, lo hieren un poco. Al centro se abultan ocultando algo que lo impulsa a tocar como si sus manos sufrieran un tic inexplicable. Trató de levantar su mano pero unas gotas que corrían por su pijama lo aterraron y salió agitado al solar, buscando el cuarto de baño.

Ella come con dificultad del portacomidas de aluminio que el joven le lleva todos los fines de semana. Hoy no le dice el diminutivo que tanto lo achica y le recuerda sus inocentes juegos de hace apenas unos años (escondidos en la caneca de la ropa limpia, acurrucado encima de ella con los ojos clavados en su blusa abierta mientras su hermano los buscaba llorando y angustiado por no encontrarlos) cuando ella era la confidente de su madre, la hermana rebelde que crece apresurada a los peligros de ser mujer. Ahora se ve como su par. Fuma con ella, bebe con ella, sonrío al pensar qué dirían en su casa, en su cuadra. Bailan otra canción y se aprieta a su cuerpo maduro, sediento, sudoroso. Ella se siente frágil y necesita compañía. Diferente a cuando atraviesa la calle allá en el barrio con sus pasos cortos, mecánicos, que mueven sus caderas en vibración de juguete de pilas, mientras el grupo que juega cartas en la esquina del granero, donde alguna

vez insultó al taxista que se sobrepasó con ella, la mira pasar altanera y segura de sí misma. Allí va con la firmeza del que ofende. Hoy es diferente, lo sabe. Presiente que lo llama su perfume, su cuerpo de mujer ultrajada, tirada en un sofá con sus piernas al desgaire. Se ve de día en el barrio mirando a los otros con cara de hombre. Se ve pisando firme en la cocina de su casa sin dar explicaciones. Tal vez esa será la noche de la cual los otros alardean conocer y dominar.

Las sandalias de su padre golpearon su inconsciencia tan rápido como si en el sueño una compuerta le cerrara la garganta. Despertó de nuevo con un ataque de tos y con la cara roja de rabia al presentir el cuadro en el pasillo. Quisiera prevenirlo del peligro que lo espera o golpearlo por su apresuramiento. Sabe que alguien en su casa sufrirá por ello. También sabe que lo atacaría si llegara a meterse en sus asuntos. Levantó medio cuerpo de su cama pero los pasos avanzaron en el pasillo. Su padre se detendría a mirar. Tal vez seguiría de largo. O metería sus manazas en la carpa que la sábana formaba sobre las piernas de ella. Podría asegurar que sus pasos cansinos de todas las mañanas se detuvieron unos segundos, pero el ruido del motor del carro recolector de basura le borró este presagio. El chorro de la ducha fría apagaba los suspiros de su padre mientras se recostó de nuevo en el camastro para no verlo.

Beben de otra copa. Fuman otro cigarrillo rubio. Ella no deja de mirar las escaleras de acceso como si esperara a alguien. —Eres tan bueno, Patricio —le dice al oído y lo besa en la mejilla. Ya el cardenal es oscuro y le cubre todo el ojo

derecho. Su peinado empezaba a desordenarse un poco por encima de la oreja. Con el monedero de tela completamente vacío muestra su desdén por el dueño que la acorrala con su mirada de guardián. Por hoy ya era suficiente. No más servicios para el señor. Bebe nuevamente de su copa y le acaricia la mano con ternura. La música retumba aún más fuerte. Se quita los tacones y corre al centro del salón con los brazos abiertos. Otro disco salta en el piano. Él la abraza y bailan. Su pelo grueso le acaricia la barbilla. Es como si hubiera descendido un escalón. Dormita en su pecho sin importarle el aumento de la tensión de sus brazos, un poco más y llegaría a incomodarla, a hacerle sentir el mordisco de su sangre.

La luz del sol enrojece las cortinas. Quiso saltar al pasillo para comprobar si aquella visión era producto del sueño, pero el golpeteo de las ollas en la cocina anuncian a su madre preparando el desayuno. Más tarde, cuando por fin su padre recogió su sombrero y se despidió, recorrió de nuevo el pasillo y la vio completamente indefensa, arrojada hasta la barbilla, inocente, decapitada por la sábana, pero aún su mano derecha con el puño cerrado aprieta el dedo pulgar como gritando un no me jodan. Quizá su madre trató de ocultar la visión a los ojos de los hombres de la casa, su padre y los dos hijos. La bola de cristal se ha explotado y ya su pelo informe se dispara rebelde en un amasijo sobre su frente. Su madre le acercó una taza de café y le preguntó desprevenida: —¿Se dio cuenta cuándo llegó? —señalándola con el mentón. —Mmmm, —gesticuló él sin hablar. —¿Se levantó en la madrugada? —Mmmm. La negativa le alivió el alma y le dio ánimo para batir el chocolate. Él también se

animó y le conversó un buen rato. —Perdóneme, hijo, por esa carga. Ella nos ayuda —silencio—, cuando puede. —No sé de qué me habla, madre. Es mi deber.

El hombre de sombrero de pana se sienta con ellos y pide una botella de ron. No era la primera vez que estaban juntos en un lugar como ése. Lo había encontrado en uno de ellos al buscarlo un sábado después de ausencias inexplicables, enviado por su madre para que no los expulsaran a la calle por los atrasos en el alquiler. Él lo mira y siente su cuerpo perfumado y sus cabellos mojados. Ella se tapa con una servilleta. Él ve en los ojos del hombre la agitación de la visión. Siente rabia del perfume que parece confirmarle el por qué de la visita inesperada del hombre. ¿Inesperada? Quizá muchas noches se detuvo, tal vez metió su narizota rijosa que debía partir ahora mismo debajo de las sábanas allá en el pasillo, tal vez el ojo morado es por su culpa. Él lo sabía todo. Casi todo. Tenía sus ventajas sobre aquel sombrero antiguo de hombre viejo. Sabía que las imágenes de él no lo tenían en cuenta. ¿Por qué habría de tener en cuenta a un chico en aquellos lugares? Aunque sus imágenes tenebrosas mostraran lo contrario en su interior, así lo parecía.

La voz ronca del hombre lo sobresalta. —Váyase, hombre, que yo llevo a Amparo. Váyase tranquilo. Sintió el olor de su perfume y quiso tirarle su trago a la cara como si ese olor lo ofendiera más que sus palabras. No quería pensar que de nuevo su padre lo excluía. Por él no fue a la excursión del colegio para conocer el mar, por él soporta ese lento dolor de muela que lo acompaña hace tiempo. Por él

no podrá prolongar esa noche en un cuarto del centro con la mujer que ha visto tantas noches desnuda despaturrada en el sofá. Estira la mano recogiendo las monedas que él le ofrece mientras ella le acaricia la cabeza como aprobando su caballerosidad. En ese instante se le vino a la mente la visión de toda su familia reunida en una gradería de teatro callejero mirando con ojos de reproche una obra mal representada. Tristes y hambrientos esperando que uno de estos malos actores realice el sueño de reunirlos otra vez. Una familia partida por un tizeretazo como todas las fotos que guarda la madre donde el padre ha desaparecido para siempre.

Pasa por el piano y hace sonar la canción que tanto le gusta para dejar una voz que la defienda de la mácula del sombrero. ¿Y la niña de sus ojos qué? No le importa. Ya nada le importa. A contravía de su decepción sube los trece peldaños sin voltear a mirar.

El viento frío de la media noche deshace las volutas de licor que parecen envolver cuerpos de piel blanca, piernas al aire con sus pies desnudos, bocas pintadas, calzoncitos de encaje de mujeres dormidas en cualquier sofá. Se calmaron sus deseos de gritar y salir corriendo. Aspiró el cigarrillo como si fuera un hombre ya.

El muro

—Parece que lo van a pintar de nuevo –afirma el hombre de delantal blanco al mirar el costado norte de la cancha de arenilla, trayendo al presente una conversación repetida pero suspendida de repente.

—¡Le quitaron la mujer a Manuel! –masculla el de cabello rubio como si no hubiera escuchado, pero seguro de seguir la vieja conversación.

—Sí, por ahí se ven los hombres de Don F., subiendo baldes y escaleras –dice el de adentro, mientras limpia con una bayetilla roja el mostrador de madera forrado con una lámina de aluminio cuarteada en los cantos.

—Los hijos quedaron solos –replica el otro.

—Después de que la cagan, lo pintan todo de blanco para ocultar sus porquerías.

—No sé por qué se metieron con Manuel. Tanto que les colaboró ese muchacho, –la mirada en blanco y sin ningún gesto en el rostro.

Silencio. El viejo acomoda los brazos sobre el mostrador, dispuesto a atender. El otro bebe de su botella.

—¡Y por qué se extraña usted, hombre! eso le puede pasar a cualquiera –resucita el tendero frotándose las manos en el delantal.

—Ya sé por qué lo dice, don José, pero lo de su hija fue por amor —dice con un acento fuerte en la a, como si fuera en mayúscula. El comandante *Travolta* se ve que la quiere mucho.

—Y el soldado Pérez, ¿usted cree que no la quiere? ¿O será porque es un simple soldado? —pregunta mientras pasa el trapo con furia sobre el metal.

—Hombre, no, a mí eso qué me va a importar. Yo no sé nada de rangos militares, pero lo de Manuel era distinto. Era su mujer, su esposa, eran una familia, y...

—¿Y qué? Yo la he visto por ahí, caminando por el barrio, meneando esas nalgas como si nada —lo corta irritado, tirando el trapo sobre las botellas vacías.

—No diga eso, don José, que yo la conozco bien. Dicen que pudo ser por miedo, porque el guardaespaldas del comandante, se obsesionó con ella —argumenta arrastrando las eses. —Pero ella no lo quiere —suspira con convencimiento desmedido—. Esos muchachos se la quieren robar, pero Manuel nada puede hacer. Parece que le amenazaron los hijos, y eso sí es cosa seria, ¿o no? Ya el mayor cumplió doce, está tan grande que lo quieren enrolar.

Por fin se miran a los ojos y callan. Los de don José muestran la rabia, los del otro, el desconcierto; se hablan para coger el hilo de una nueva conversación que todos puedan escuchar y observan de nuevo el gran paredón que se extiende al final de la cancha. Don José barre el piso de tierra que ha humedecido antes cargando agua con la mano en forma de cuenco, y sacudiéndola por todos los rincones.

—Sí, es seguro que al joven Manuel le toque semejante tarea, —replica: —lavar esas manchas y pintarles sus consignas.

—Ya el viejo Manuel no puede con la brocha —escucha don José, quitándose el delantal—, y primero se hace matar antes de escribirles sus mentiras. Después de unos minutos, agrega: —¿Se acuerda cuando construimos el muro, don José?

—¿Han visto a Manuel? —pregunta un joven con voz de mando quien, sin sacar las manos de su chaqueta, se sienta un momento, mientras ve jugar unos niños en la cancha. —Es para darle un trabajito. —Espera unos segundos una respuesta.

Los viejos se inquietan como si los hubieran denunciado por decir algo indebido.

—¿Han visto a ese guevón o no? —insiste, y luego escupe con furia la tierra para seguir de largo. —¡Ah!, se me olvidaba, don José, que saludes de su hija, que no se preocupe. Pero no se aproveche con lo del horario —amenaza, señalando el reloj con el índice—, y déjese de malas compañías.

Don José baja la cabeza. El rubio se rebuja en su asiento, luego se para y observa al muchacho perderse escaleras arriba, recoge la gorra que quedó olvidada en la banca. Sus manos tiemblan al leer las letras de molde. Dobla la gorra y la guarda en uno de los bolsillos de atrás de su pantalón.

La piedra desgarró la piel. El cemento descuartiza las manos. El barro se pega a las botas, a la ropa. El arroyo de la ladera barre con todo, una y otra vez. Las mujeres calientan una olla sobre brasas que protegen dos adobes negros. Canto rodado, piedras trituradas, esquiras en la piel, barro, barro que secarán los recuerdos.

—Sí, sí, claro que lo recuerdo —dice don José como si nada hubiera pasado.

—Después que construimos los ranchos, decidimos un día cortar la montaña para robarle un pedazo de tierra y así tener el espacio para la cancha que protegería el muro. Veíamos a los niños pintar en él sus dibujitos repetidos, luego los veíamos correr por el plan con sus pelotas de trapo como si estuvieran en el campo. —Se endereza y después mira la ciudad sin protegerse los ojos.

—Era la primera vez que lo pintábamos. El letrero lo inventó el viejo Manuel. Fue nuestra lucha por más de treinta años, ¿se acuerda? El pueblo unido jamás... —dice el rubio con acento de proclama y el puño en alto, luego se calla, en los labios una mueca de sonrisa, se sienta en la banca de madera de un rojo sin brillo. A su espalda, la montaña.

—Y de nuestros hijos, recuerde que cambiaron el negro por el rojo y siguieron luchando. Era lindo verlos con sus mochilas pintar y cantar —rememora don José, luego hojea el libro de cuentas con cara de fastidio—. Hasta que llegaron ellos... con sus listas... con su “ya estamos aquí”... con su joda con las mujeres... con las desapariciones. Ya no podemos hacer nada.

Papeles de colores encadenados en el aire, fiesta en la montaña. Canciones lastimeras que añoran sus días campesinos. La construcción de la gran mancha de cemento está terminada. Los defendería de la tierra que caía de la ladera. Sería el marco para el escenario de las grandes celebraciones. Nunca pensaron que por allí llegarían sus verdugos a convertirlo en cementerio. El joven Manuel hace como si posara con su hijo en brazos, señalando con la mano extendida la ciudad del futuro, a su esposa que sonrío a su lado. Una hilera de botellas vacías marca el camino

de regreso. Rebotan pelotas de trapo, de carey, de caucho, al fin, cuando ya la fiesta se acaba, un joven de uniforme golpea con todas sus fuerzas un balón de cuero y gira a su alrededor, esperando respuesta. Todos se alejan agachando la cabeza, seguros de no ser torpes para soltar algo que se le parezca. La fiesta terminó.

Un helicóptero verde oliva cruza por encima de ellos rumbo a la arboleda de la cima. El ruido ahoga sus palabras.

—Claro que se puede —dice el rubio en tono bajo, pero luego grita para que Don José lo siga. —¿Y qué será lo que van a pintar ahora?

Don José se distrae, se agacha a recoger el lápiz que ha caído, parece no haber escuchado, pero por encima del mostrador le contesta:

—Pues qué va a ser, lo de los últimos fines de año —se pone firme y arquea la mano simulando coger un micrófono: —Gracias Don F., por la paz recibida, sus obras estarán siempre entre nosotros —inclina levemente el cuerpo en señal de reverencia, mirando nervioso a todos lados, —y susurra: —Una paz que nos lleva al cementerio.

El del cabello rubio esboza una sonrisa. Se recuesta en uno de los parales abatido por los recuerdos.

El muro cortaba la ladera de un tajo y daba forma a un pequeño plan, donde remataba la vía que llegaba del Centro. Plan que quedó de la construcción del acueducto para la ciudad, donde se asentaron los primeros invasores. Luego, la loma se llenó de hilos que demarcaban los lotes. Paramentos irregulares daban forma a calles tortuosas, donde se tiraban los desperdicios que arrastraba la lluvia.

Ahora la agua sangre corre falda abajo. Manuel, José y él dirigieron la invasión en esos años maravillosos, sí, fueron maravillosos, pensó. Desde allí, salían tres tramos de escaleras que se perdían en un laberinto de muros de ladrillo, de maderas, de latas, de plástico. Una costra, de forma infantil y color rojo oscuro, lo hiere desde el fondo del muro, la mancha que semejan las cruces desde lejos, las cruces que marcan para recordar a sus muertos, una mancha de fantasmas, sin vida. No se ve pero le lastima. Baja los ojos al piso, tratando de olvidar.

De pronto el aire se llena de ruidos repetidos con precisión mecánica.

—Pero todo cambia, mire no más —dice el rubio con ademán de espantar un bicho, —ese maldito ruido.

—Ya hasta de día le toca a uno esconderse —dice Don José mientras agita un periódico para ayudar al otro, —y leer esos garabatos de niño que aparecen cada amanecer, con razón necesitan a Manuel.

—Sí, si ese muro hablara... porque ya hasta los zancudos lo hacen —dice golpeándose con furia el cuello. Una pequeña rosa roja le iba naciendo. Bebe hasta el fondo de la botella.

—No necesita, las crucecitas lo dicen todo.

—Ya pasan de cien.

—¿De cien? No puede ser ¿cuándo trajimos tantos niños al mundo?

Se arropan en el valor de estar juntos o en la confianza de estar vivos y continúan hablando sin mirarse.

—Es como si al joven Manuel le gustara pintar tanta Virgen, tanta Paz. Tanto blanco.

—¡No hombre, qué tal! —calla unos segundos como si hubieran delatado a alguien. —Ese pobre es un poeta. Si viera los cuadros que pinta, ¡qué colores!, y salió derecho, igual al papá, pero tener una mujer tan linda a veces es una desgracia.

“La vida nos cobra con palabras ajenas lo que parece le debemos. Vuelve y nos cobra en ese muro las alegrías de los tiempos idos”, piensa el viejo mientras abre y cierra el enfriador para incomodar al otro, apenado del discurso, o del lamento, o de cerrar el caspete, como una máquina que cumple la orden dada por un niño y sintiéndose en peligro en su compañía.

—Aquí no se puede jugar con las palabras —dice el rubio como despidiéndose, pero pregunta al alejarse: —¿Y para eso no son, pues?

Don José no lo cree, pero calla. Sabe que ellas vuelven y cobran vengativas por el desmadre al acercárseles. Si pudiera con una sola de ellas devolver a su hija a la época del noviazgo prohibido con el soldado Pérez. Él no lo quería como novio de su hija, pero de pronto todo sería distinto. Maldice la cobardía del soldado y la suya también.

El polvo de la cancha les golpea la cara al salir al camino. Su piel reseca y cuarteada hace juego con los troncos que sostienen el caspete. La plenitud del horizonte amplía sus pechos con un suspiro que termina en inquietud.

Después, el crepúsculo se llena de sonidos antiguos como si el campo hablara. Las latas del caspete han bajado hasta el piso, cumpliendo el nuevo horario para el patrullaje nocturno y una que otra bombilla empieza a titilar. Las calles vacías se llenan de sombras. En las casas se recogen

temprano alrededor de fogones temporales que humean por pequeñas ventanucas.

A la luz de la luna y en medio de la cancha, solitarios, prontos a iniciar un partido que nadie jugará, el de cabello rubio entrega un papel al joven Manuel. Éste se retira del centro de la cancha y sube al andamio junto al muro. Se sienta sobre un travesaño de madera, abre el tarro de pintura roja y lee el volante. El otro, ansioso, juega con las piedrecillas del piso acordándose del “Sí se puede” que balbuceó en el caspete. La telaraña de luces, demasiado lejos, no alcanza a iluminarlos; tal vez, desde otro cerro, alguien mire la negrura que los inunda y se intimide.

Sin prisa, suben algunos jóvenes a curiosear el nuevo mural. Sus ropas ligeras hacen presumir la indefensión de alguien que sale de su casa, sin misión precisa. Niños desnudos dispuestos a jugar. En el cielo, el ruido repetido no cesaba.

—Pobre guevón, creyó que nos ganaría de artista —se oye decir al joven que parece presidir un grupo en formación de ataque, que baja victorioso y eufórico por las escaleras del centro, llenos de confianza en cada paso sincronizado. —Mirá que venir a escribir contra Don F., ¡guerrillo de mierda! ¡A esos!, a esos hay que cazarlos como a perros que son y, ¡zas! —dice y señala con la mano extendida un corte en la nuca, el rostro transformado en desprecio. —Y de su mujercita me encargo yo —se detiene bruscamente y se toca la cabeza rapada, —¿dónde hijueputas quedaría mi gorra? Mira con rabia hacia el caspete acordándose de algo.

Como granos de maíz

T. me lleva por las calles a conocer el mundo, parece que él puede decidir sobre eso y todo lo que tenga que ver conmigo. Lo sigo como un perro que sale a pasear tras de su amo, un perro que no ladra, un perro que no muerde, un perro al que patean, un perro asustado en mitad de la autopista mientras pasan los autos a su lado, un perro que no puede ver sus patas, “no siento los pies, tienen una costra de hierro que los aísla del piso; ni siquiera los miro, para qué”. Me despierta temprano con un beso y se acomoda los pantalones, sin prisa, encerrado en sus necesidades. Va y llena el frasquito de pegante y lo deja en la mesa del centro de la pieza. Sin probar el café aspiro el vaho para retomar fuerzas y afrontar el día. T. me golpea sin razón, recibo los golpes con la esperanza de calentar el cuerpo y refrescar la mente. La puerta de la pieza a veces permanece abierta, veo pasar una y otra vez a la gente del pasaje hacia el fondo, hacia los baños, allá se mezclan unos con otros mientras sale un humo blanco que se cuele por todos los cuartos.

En una pieza llora un niño. Yo nunca lloro, no sirve de nada. Si lloras, te pegan, si no lloras, también, es lo mismo, y llorar cansa mucho. En otra pieza se oyen trajines de trastos y se siente el olor de la panela hirviendo. Nosotros no tene-

mos fogón, ni cocina, ni platos, ni ollas. T. trae en las noches algún frito mordisqueado que rematamos durante el día, no se complica, es muy astuto para los negocios. Piensa muy bien sus estrategias y me reparte por las esquinas innovando formas de conseguir monedas. Él inventó el discursito para pedir en los buses: “Traigo el chicle masticable, perdonen si los incomodo en un minuto de su precioso tiempo, uno en doscientos tres por quinientos”. Sabe cómo tragarse un cuchillo y cómo esconder un destornillador en la nariz, “por si se tiene un resfriado”. T. es muy hábil. Yo lo quiero mucho y lo respeto. Mejor dicho, le tengo miedo.

Para él todos somos unos tíos, lo que le da un aire de extranjero. Siempre calza botas que consigue en el ropero de las monjas de la parroquia. No tiene los dientes delanteros y salpica de babas al hablar. Miro asustado sus trajes negros adornados de metal. Todo en él es sucio, pero se le ve por encima de la mugre cierta diferencia con todos nosotros. Él lo sabe, se siente superior a la gente del barrio, tiene su estilo; solo en la pieza conmigo, fumando y contando sus monedas, piensa dos veces todo lo que hace.

Antes cerraba la puerta y partía sin afanes, no regresaba hasta la noche. No quería que nadie me viera. No podía salir ni siquiera al baño colectivo. Yo le agradecía el tener una cama y no sentir el cuerpo y no poder llorar. Le agradecía todo eso a T., sobre todo el ir perdiendo los recuerdos más lejanos. No sentía hambre y pasaba con el frasquito pegado a la cara mirando cómo se deshacían las paredes y me caían encima. Pero no sentía dolor, ni hambre, ni lloraba, estaba seco, lleno de sensaciones agradables. Solamente por las noches T. estrujaba un poco mi cuerpo y lo llenaba

de babas. Al despertar me dolían los huesos pero T. partía un pedazo de pan y llenaba el frasquito. T. nunca faltó con eso, era muy cumplido T.

Ahora, vamos por las calles a punto de estrujones. Con dos o tres gestos indica el disfraz que ha sacado de su baúl de mago para la función de rutina: un sombrero campesino con el cartelito al pecho; unas bolas de carey para que lance al viento; unos caramelos simplemente; un frasco de gasolina y un fósforo para que sople fuego; un tapete de vidrios rotos para que flote sobre él; un pote de vinilo para pintar el cuerpo y hacer la pose artística durante horas y horas.

Me deja solo en el lugar que ha escogido y parte por un largo rato, pero presiento su mirada en la distancia. No le prestó atención. Miro con placer a la gente cuando se detiene y observa la función con una sonrisa en señal de aprobación. No importa si dejan monedas o no. Sólo con verles la sorpresa en los ojos por la belleza de mi acto me basta; que crean que soy un artista, eso es bueno. El silencio en el semáforo a veces se prolonga demasiado, veo carros, gente, todos apresurados y alocados, pero no escucho nada, ni sus gritos, ni sus pitos, estoy asustado y quisiera que él llegara y se sentara a mi lado; cuando estoy a punto de ir a buscarlo aparece con el frasco amarillo, cuenta las monedas, muerde un pedazo de pan duro para mí y pellizca en uno de los lados arriba de la cintura para estimular mi labor. Luego se aleja, dejándome sin aliento.

Los momentos más felices son cuando hacemos el acto del ciego y el lazarillo. Son días de bonanza y buen genio. Sus ojos en blanco durante horas obligan a los otros a cumplir con la bondad de dar al prójimo. Al rato, sus gafas oscuras

se llenan de una voz ronca y hueca que llega hasta el bolsillo del otro y de nuevo lo obliga. Él, de verdad, no ve y no me toca aun después de la función; es muy profesional. Ya al amanecer los regaños, los golpes, el pan duro, el frasco amarillo, se repetían de nuevo, pero yo estaba a buen seguro. Estaba con él, era mi dueño y nadie más podía dañarme. Sabía eso y no necesitaba más.

Hubo un tiempo en el que presentí perderlo. Fue cuando llegó con una niña hermosa de ojos verdes y cabellos dorados. Sentí vergüenza, como si por primera vez vieran mi cuerpo sucio reflejado en el cristal de sus ojos. La sentó a mi lado en las escaleras de la catedral con un cartelito que nadie fue capaz de ignorar. Las monedas caían en la lata como granos de maíz. A *T.* le brillaban los ojos y me miraba con reproche. Los garabatos de *T.* —porque aunque no sé leer, sí distingo las letras bonitas de las feas, debían de tocar el alma, o tal vez fueron los ojos verdes de la niña de oro. Le miraba su piel fina aunque manchada de mugre. Fui capaz de conseguirle un refresco, pero no de hablarle. El recuerdo de unos ojos grandes que se despedían llorando me atraía hacia esa niña que sonreía como yo nunca lo haría. Al final de la tarde tuvimos que salir corriendo y dejarla en manos de unos policías que llegaron con su madre, o su tía, o su dueña verdadera, mientras él se retorció las manos y hacía muecas de indignación.

Alguna que otra vez sale en la noche después de revolcarse en la cama sin poder dormir. Duermo abandonado, pero feliz. El murmullo al fondo del pasaje arrulla mis sueños. Sin aviso, el frío de la madrugada me despierta tirado en un rincón del cuarto. En la oscuridad adivino quejidos

roncos de *T.* y la fuerte respiración de otra persona. Al rato me levanto medio dormido y no distingo bien las cosas. Una luz roja e hiriente alumbraba la habitación. Dos piernas regordetas al frente de mis ojos sostienen a una señora que gesticula una canción en su camastro, adornado con un tapete rojo donde *T.* cabecea mientras fuma un cigarrillo y toma un trago largo de una botella con un líquido blanco. En la mañana me saca del cuarto y cierra la puerta. Ya sé que tengo todo el día para vagar por las calles con la única obligación de traer algún dinero. Tal vez encuentre a la niña de los ojos verdes. Tal vez, por fin, escuche mi voz susurrar unas palabras.

¿Y si no vuelvo? Sería bueno no volver. Correr al lado de ella por las calles de la ciudad. Sentir llegar la noche en cualquier rincón y velar su sueño de los bichos de la calle. No sentir el olor a tabaco ni a licor. No ver manos sucias, ojos rojos, rostros negros. No comer el frito rancio. No pegarme al maldito frasco. No acostarme en el colchón rojo sin poder dormir. No limpiar babas de mi piel. No seguirlo una y otra vez para calmar su afán. Sólo mirar los ojos de vidrio y agua de ella para dormir tranquilo. ¿Y *T.*? ¿Seré capaz de vivir sin él? Me da miedo pensar en ello. Es mejor volver. Volver y esconderme para siempre en su baúl.

Abro la puerta. *T.* sigue ahí alimentando pesadillas que no duelen, pero dejan los ojos sin descanso. Ronca tranquilo con el zurullo de su ropa como almohada. Las cicatrices de su cuerpo colorean de chocolate su piel morena. Los fantasmas que nos acompañan día tras día duermen en el baúl. Aspiro de la botella y una oleada de calor invade mi mente. Me acerco a él con el miedo de iniciar todo de nuevo. No

sé por qué esconde los billetes tan bien escondidos. Busco en los zapatos, debajo del colchón, encima de la puerta. No sería capaz de robarle un solo peso. Además, no tengo el arrojo ni el ánimo para abrir los ojos más de lo necesario. La mirada de la niña de ojos de agua me impulsa a seguir. Saco del baúl el disfraz para hoy y lo cierro sin cuidado, seguro de que tal vez ya no se levante más, por culpa del aguijón que le marca el destornillador en la garganta, mientras el hilo de sangre termine por caer al suelo salpicando mi sombra.

La partida

... y te vi levantarte, hermano, esta noche, cuando el ruido explota con todo su sabor de fin de año, de ese cajón de mierda, de esas cuatro tablas pintadas que a todos nos esperan en cualquier parte del camino, en el recodo menos pensado, nunca al final, pues siempre queremos llegar más allá en el destino que nos tocó seguir. Sí, hermano, estabas tan tieso en ese cajón, tan rígido, tan muerto, y miro, y vuelvo y miro, y te veo levantarte así, tan ágil, dando pasitos a lo Pantera Rosa, huyendo del maldito cajón que tu padre pagó religiosamente los primeros días de cada mes —¡pensaba en todo tu padre!, sobre todo en las obligaciones, porque tener un lecho final era una de ellas entre las muchas en el simple abanico con el que un obrero construye sus ideas de la responsabilidad, desde que se colocó en esa empresa donde se jubiló, ésa, la de los hilos perfectos, sí, hermano, te saliste como si nada de ese cajón y no cogiste tu silla, ¡no!, ya no te hacía falta. No llevabas un arma pero estaba seguro que tu paso tenía un aire de reproche. Pasaste de largo por mi lado con esa cara de “Nos vemos”. Conservabas tu figura desgarrada: flaco, alto, de piel cuarteada por el sol, por los tintos y por el cigarrillo; pálido de acuerdo a la ocasión; pelo largo

aindiado; bozo hirsuto; dientes amarillos y resquebrajados; con la vieja gabardina de tu padre, la cual nos apropiamos una noche cuando, jóvenes, fumábamos en el quicio de la puerta de tu casa tratando de dar personalidad al niño que queríamos ocultar.

El tiempo había hecho su trabajo; aunque conservabas tu sonrisa de los veinte, ya a los cuarenta, pequeñas canas entristecían tu figura. Tus piernas, tan flacas como antes, flotaban en aquel salón donde todo el vecindario, digo todo porque estaban los vecinos de las treinta casas de la cuadra y otros, tus conocidos, los que ibas a buscar en tus recorridos nocturnos. Y vienes y te sientas con tu gabardina de detective trasnochado y sacas de los bolsillos una baraja de naipes, jugando con ella sin mirar, haciendo figuras en el aire como en casino de película, con tus manos de ligero trazo haciendo volar las cartas una detrás de otra, invitando al remis, y yo: no quiero jugar hermano, no tengo cabeza o, mejor, sí, la tengo, pero en otra parte, formas de decir hermano cuando el coco no le funciona a uno. Pero no faltará quién y, mira que ahí viene Don Octavio, ¡sí!, de casi dos metros de alto, peso pesado blanco, mono marino, con la carnicería regada en todo su cuerpo, de voz fuerte e irreverente. Pide cartas y se te sienta al frente. Su delantal blanco, ensangrentado, con dos grandes bolsillos que delatan su contenido: algunos pesos y su herramienta de trabajo. Sin dificultad coge sus cartas a pesar de la falta de dos dedos de su mano izquierda. El primero lo perdió en un accidente, cortando telas de carne como hojas de papel; el segundo, en una borrachera para demostrar su hombría y su desapego con la vida, el viejo carnicero de

siempre, el papá de los carniceritos, ojos azules, piel blanca, un poco rojiza por el sol, pelo rubio: eran los hijos del carnicero. Nunca les molestó que los llamaran así. Eso eran y algunos de ellos lo serán con orgullo. Y le miro los ocho dedos, sí, claro, ¿te acordás, Flaco?, tenía ocho dedos el viejo carnicero y se me frunce el estómago porque lo veo en la distancia y quisiera regalarle uno de esos guantes de acero para proteger sus dedos, el índice y el pulgar, sí, los de cortar carne, los primeros que vuelan y también porque recuerdo la mancha de manteca en los caldos que tu vieja cocinaba con sus regalos de trocitos de huesos, pelados, sin vestigios de sabrosa carne, imagináte las náuseas que se me vienen mirándolo este treintaiuno, ya con los primeros tragos encima y, abran paso señores que ahí viene Luis, simplemente Luis el verdulero, el revueltero, un amasijo de frutas podridas, mugre de yuca, manchas de plátano, una revoltura de olores y sabores en su pequeño garaje verdulero. Luis, también de delantal, azul, manchado de plátano, un poco amplio para su delgada figura, casi arrastrándolo, el único adulto con su *Luqui* entre los labios, sigiloso, taimado, con sus labios delgados como el filo de la navaja, con las sienes encanecidas, cuidando la sillapiedramesa que había al frente de su negocio. Silla para escuchar sus historias, mesa para el ritual del juego, piedra para cortar el espinazo del sancocho navideño. Decía no atemorizarse ante nadie, “tengo con qué responder” y miraba por encima del hombro. Las mujeres no hablaban bien de él, se le veía corretear a cuanta falda venía por sus feudos, a todas por igual acosaba cuando llegaban por la compra del día: legumbres y frutas de segunda. Sobre todo las que insinuaban las primeras formas

de mujer eran su plato favorito, tal vez por eso no se ganó el don de caballero que otorgaban las mujeres, nuestras madres. Y vos lo mirás, Flaco, y él te ve sentado en los bultos de papa escuchándolo, aprendiéndole, fumando, tomando cerveza con un viejo de verdad. Me mirás y preguntás con los ojos si serán ciertas sus historias de Gorgona ¿y vos qué creés, Flaco? Seguro, seguro que sí pagó los ocho años por allá, su muertito debe tener encima el vergajo, ¿le has visto el cachiblanco? Seguro, seguro hermano que el viejo Luis se las trae, ¡quiubo mijo!, deme cartas. Pero mirá no más, es tu papá, mi Flaco, dale, dale cartas que ya tenés el cuarto, mirálo no más sin su gabardina, vos con ella como si nada, mirálo con su radiecito Sanyo pegado a su oído como un arete inmenso escuchando el resumen de la temporada de fútbol de fin de año, de fin de campeonato, de la jornada dominical, el resumen semanal, del día, el resumen de la mañana, del mediodía, la polémica de la noche, conocía y no conocía al comentarista más reconocido, Wbeimar le decía y no le decía, él se persignaba iniciando su oración: Nacionalito del alma, Nacionalito de mi corazón, dame copas, dame estrellas, dame goles. Nacional lo había secado completamente, la fábrica ayudó a empequeñecerlo. Flaco, bajo, piel arrugada, pelo indio y negro. Sacó su paquete de *Pielroja*, completando el cuarto, recibió cartas conservando su arete. De seguro tiene el libro en su bolsillo de atrás del pantalón, del oeste, de don Marcial La Fuente. Vaya si leía don Alfonso. Fue el único adulto que se vio con un libro en la mano leyendo con retraimiento y esmero, mareaba su devoción. Sentado al pie de la pequeña estatua del gran prócer se le veía vigilar el parque del Centro a donde diaria-

mente bajaba a masticar su tiempo después de la jubilación. Liberado de la jornada se levantaba aún a las cuatro de la mañana como lo hizo los últimos cuarenta años a vagar por la ciudad. Al club de pensionados a ver jugar billar, aunque nunca lo aprendió, iba a verlo jugar para ver correr el tiempo. A cambiar sus libros y revistas, un trueque ansiado por todos: “para que lean esos vagos”, quizá pensaba. Las revistas nuevas traían noticias nuevas, noticias de sueños y aventuras. A hundirse todo el día en sueños de película en los continuos de once a once en la carrera Bolívar, teatros aserrados de historia que sólo conoció de adulto. Siempre a pie; nunca pagó pasaje alguno para bajar al Centro, menos para ir al estadio. La empresa lo recogía y lo descargaba en la casa cada día, caminó toda su vida, ahorrando unos pesos, ayudando a su cuerpo sin proponérselo. Nunca acumuló barriga. Ninguno en su familia acumuló barriga. Cuerpo joven, cara de viejo, piel de viejo, éste, tu papá, el mismo que nos cortó una borrachera de tres días con su remedio para las hemorroides envasado en una botella de aguardiente y nosotros de mensos y nos tragamos el anzuelo; el ajo que le adicionaba nos tiró con todo y vómito al piso, tu viejo nos ayudó a limpiar, ¡qué gran tipo tu papá! Voy. Completo. Terna, terna, cuarta. No voy. Salgo. Veinte buenas. Dos malas.

Y te frotás las manos con un poco de saliva queriendo arrasarlos a todos, también a tu padre, y te echás un chiste y mirás un culito que pasa por la calle sobre dos raídas chanclas que vos no ves porque tu mirada se va detrás de esas piernotas robustecidas debajo de esos pantis y tu padre, silencio mijo, y Luis, déjelo tranquilo y voy y completo

y terna y terna y cuarta y te cuentan cosas como si ya no vivieras por allí, como si no te acordaras, como si la muerte no tuviera memoria, y vos contradiciendo, ¡no!, no fue ese al que arrolló el taxi, además no tiraba marihuana, ¡el otro!, sí, el hermano era el más triste de los dos, retraído en su cigarrillo voló por los aires en la cuarenta y cinco ¿qué tendrá la cuarenta y cinco que todos bajan a morir en su pavimento?, sin saber aún que la muerte atraparía a uno de ellos en esa calle, ¡Pero por favor, no hablen tanto!, decía tu viejo, siempre las mismas historias, a que siguen con los desafíos, que si perdieron, que si empataron, y luego las disculpas, que iban ganando siete uno y cambian de portería y ellos se encierran en la zapatería armando un humero que nubla sus defensas y salen los Tiznados como locos y les ganan ocho siete, que los agobiaron a patadas y empujones, disculpas, disculpas.

Y vos escupís al suelo con rabia recordando tus buenos tiempos, con dos ligeras piernas para atravesar días y años que son ya como dos pasos no más, dos pasitos a la eternidad y listo, el final; y atrás quedó tu gabardina café deslucido y sus grandes bolsillos; atrás quedaron los piecitos de bebé de la niña que al frente de tu casa brincaba sobre baldosas verdes y amarillas en un julio de vacaciones, juiciosita con su traperero bailando para que la vieran y va el padrino tuyo y nos la preña, menos mal eso quedó atrás; atrás quedó la mermelada y la mostaza que cada quince días mandaba la tela de los hilos perfectos sobre los imperfectos hombros de tu padre, ¡qué gran tipo tu papá!, atrás quedó el vacilón, el parche, y no escupás tanto que lo que viene es pura bilis, tal vez sangre; atrás queda aquél maldito viaje a Venezuela

donde dicen que se inició el deterioro de tus huesos; seis meses durmiendo en la cochina calle *veneca*, tirado como un perro en cualquier banca y el maldito petróleo corriendo a borbotones y tu cartón de economista no sirve para un carajo y se me motila vale o lo tiro a la calle y vos: ¡a la calle, claro que a la calle!; y vuelves y ya María se ha marchado conmigo, tu amigo del alma con tu niñita de los pies descalzos. Ya sin ánimos para nada montaste tu sede de profesor de álgebra y asesor en el arte de resolver crucigramas. Al frente de los Marín, sí, allí montaste tu sede. Dabas clases por algunos pesos a los jóvenes del barrio. Y tienes que volver donde la vieja aquella de la venta de fritos y copas en la esquina a embolatar tu soledad y yo también me he marchado y quedo atrás para siempre como un mal recuerdo y tú vienes y me encajas otro Nos vemos como si tal cosa, como si la partida no importara, como si no partieras: pago, completo, terna, terna, cuarta, salgo.

Don Octavio dormitaba distraído lanzando su mano al aire para espantar las moscas que creía ver revolotear sobre su cabeza cada cinco minutos. Luis miraba sus cartas por encima del hombro sacando la lengua en señal de viveza. Don Alfonso rezongaba apresurando el juego. Vos codeaste a Don Octavio para atender un cliente. Don Alfonso se inquietaba, le faltaba seriedad al juego, murmuraba con fastidio, pago, voy, terna, terna, cuarta; pero te cansaste de que te torturaran, te cansaste de todo, previendo tu destino; mucho antes que todos nosotros utilizabas nuestra dadivosidad en tu ración de media de aguardiente y un paquete de *Pielroja*, o en tu único paseo, ir al estadio a ver tu Nacional del alma. Allí te vi por última vez hace cerca

de diez años, en la gramilla, con el equipo de lisiados, en tu silla de ruedas que luego remolcamos dentro de la maleta de cualquier taxi para que te llevara a tu casa completamente borracho. Te veía vigilar la calle sentado en tu maldita silla, fumando, hablando, siempre con el chiste justo, el piropo preciso para el vacilón. Siempre quise tener tu desparpajo para pasar la vida. Así no más. Pasar el tiempo. Vos sabías lo que valía el tiempo, el tiempo es para vivir, decías mientras te ibas. Sin trascendencia, sin dolor, sorbiendo gota a gota el tiempo con la piel. Sudabas poco. Sin aceleres mijo, sin aceleres, todos tranquilos. Mirá no más lo que viene ahí. Buenos días, niña, ¿la acompaño?, ya vengo, hermano. Así no más te ibas colando. La calle era tu sitio. Un cigarrillo en la mano, un silbido en los labios y vos te ibas. Siempre te ibas. Te aburría la quietud. Mi quietud te inquietaba ¿Cómo hacen para quedarse así? Mirándose el uno al otro como tontos. Yo voy para allá, mirando no me quedo, ¡chino, a empujar se dijo! Muévanse güevones. Te veía callado en tu raída silla llorando para adentro el futuro que no viviste. Te veía, te veo, te veo alejarte, ¡no te vas! Tomáte el último, fumémonos el último, vivamos el último momento, no te vas... que ya María llora por tu ausencia.

El juego se alejaba más y más, una nube de *Luqui* y de *Pielroja* subía hacia el techo atravesada por los rayos de sol de un diciembre que se despedía. Sus voces, sus ecos, se perdían en la noche. ¡Silenciooo!, las viejas comadronas inician otro rezo, un susurro de palabras inaudibles brota salvador de labios arrugados y frentes sudorosas; el rosario de tus virtudes camina de boca en boca, un bacán, ese man era un bacán, chistoso como el que más, amplio cuando

tenía, se gastaba todo en una noche, ¡todo!, mis hijos le entendían muy bien, era bueno para las matemáticas, y sano, relativamente era de los sanos de por aquí, lástima lo del aguardiente, sí, sírvame por favor un poquito de ron para este tinto que de todas maneras es treintaiuno y hay que brindar por algo. La botella pasa por tu lado hacia el rellano de la entrada, el roncito los anima e ilumina y alguno se atreve: porque la verdad yo creo que ese man era un poquito descarado, ¡ese man era un pegajoso!, era raro que tuviera plata, ¡ah!, sí, la que recogíamos para sus citas en el hospital, para las drogas y el taxi, ¡conchudo!, y era como vaguito, miren que nunca le dio un golpe a la tierra, ¡qué descanso para su padre!, ya de cuarenta y aún mantenido. ¡Silencioooo! Pago. Completo. Terna, terna, cuarta. Salgo.

Y vos me mirás como pidiendo una explicación y yo volteo la mirada para dejarte solo, no salgo corriendo porque sé que entornando los ojos me libro de ti. Vos te levantás, me lanzás tu mirada de “Nos vemos”, regresás a tu ataúd con el corazón ahogado por el aguardiente que tomaste para atravesar tu desesperanza. Los demás volvimos a nuestros puestos a rezar el último responso. La partida se disolvió. Adormecidos sacudimos nuestras miserias de una noche de sueños cortos, interrumpidos por el cuchicheo interminable de un velorio normal: un solo muerto. Partimos al cementerio. Vos aceptás el fin de todo porque una partida no basta y regresás por entre el humo y el susurro a tu lecho de año viejo. Nos vemos. Te escucho. Terna, terna, cuarta...

La contorsionista

Cuando la ve, su olfato se inspira y la nariz gira como reflejo de un perro. A pesar de ello su lengua permanece quieta. Mirándose en el retrovisor se acomoda la corbata y pasa la mano derecha por encima del cabello queriendo mejorar algún desarreglo. Acelera el auto tratando de asustar al rojo del semáforo que se prolonga sin razón mientras ella se pierde en la avenida. Quiso bajarse allí mismo y quitarle aquellas botas para lavar esos pies por tantas noches anhelados. Patinó unos segundos hasta que el verde le indicó el punto de partida. Dio la vuelta para buscar un parqueadero pero tuvo que maniobrar en reversa para dejar salir otro auto. Se baja gastándose su minuto en tres gestos repetidos de acicale: corbata, cabello y zapatos. Estos últimos frotan por detrás sus pantalones ganando el brillo necesario para poder caminar con seguridad. Se devuelve contrariado y coge un maletín de cuero negro. En la silla de atrás del auto un biberón gotea sobre los protectores de lona.

Sin pensarlo dos veces corre a la avenida 46, imagina posibles rumbos para su contorsionista. Decide caminar al sur, presiente que su diosa también lo hizo. Pasa por el edificio forrado en espejos y el sol de mediodía le cae en la frente como una fiebre repentina. Frota sus manos y siente

la calidez de ella, la de los dedos de sus pies; pero debe concentrarse y pensar con serenidad en aquél hervor de ciudad pujante y bulliciosa si no quiere perderla. Corre apresurado hasta la calle 53. Mira hacia delante y no la ve. Se tira un metro a la derecha, de repente sale por detrás de un quiosco. Acelera el paso hasta tenerla a pocos metros. Camina detrás sin ver los hitos de la avenida, pero todos se percatan de que el aire cambia a su paso: los venteros de pie con colganderos en los brazos, los venteros sentados en el suelo tapizado de afiches, los venteros al lado de sillas atestadas de frutas colmadas de moscas, los venteros asomados medio cuerpo por las ventanas de los quioscos de la avenida 46. Todos ellos la miran con lujuria. Tampoco ve la pantalla que, a la izquierda, proyecta un muro abriéndose, sólo siente un leve bochorno en su mejilla por el reflejo del naranja que el sol amplía.

Es viernes. La ciudad vierte sus ruidos y sus gases en la avenida 46 moviéndose rápido para acomodarse al sabor de un viernes en Quincalla. Hombres bajos y robustos manio-
bran desquiciados una hilera quebrada e interminable de buses que avanza lenta. Mastica un nuevo chicle refrescando el calor que recibe del aire viciado mientras ve cómo mueve un brazo y su pequeña cartera viaja unos segundos de sur a norte sin sobrepasar la abertura que hacen sus piernas al caminar. Un joven de tenis rojos acomoda sus gafas de sol como queriendo esconderse.

Mira sus botas y vuelve a frotarse las manos. ¡Lávate los pies! le dirá cuando se reúnan al final del camino. ¡Lávate los pies!, les decía siempre al estar solos, como si ahí radicara la pureza de sus cuerpos; tal vez, el deseo de lavarlos

él mismo y besarlos después de frotar la toalla contra ellos. Eran su obsesión y su fetiche desde que su prima abarcó su dedo gordo en las carnosidades de su boca, o quizá desde cuando le llegaba su recuerdo brincando en la cuerda con los pies al viento, por aquellos días de “esconde el anillo, escóndelo bien”, por aquellos días de la niñez, cuando el subir por el atrio de una iglesia, el primer viernes de cada mes, redimía las culpas hasta quedar blanco por dentro. No podía soportar ya las durezas en los de su esposa y buscaba en aquellos sitios algún piececito para lamer. Por eso ella, llegada demasiado tarde a su largo camino por esos callejones de rojo encendido, colmaba con sus delicados pies lo más escondido de sus pasiones. Aquellas que todo hombre siente ante el atropello de esa imagen: unos pies desnudos al final de unos jeans ajustados al cuerpo de una mujer perdida en un recinto cerrado. Por eso correrá el cierre de cada una de las botas, colocándolas sobre el piso donde estará arrodillado en su rito de adoración. Luego, doblará lenta y suavemente el calcetín izquierdo, formando un rollito que deslizará con la palma de las manos sobre la piel blanca de la contorsionista. ¡Siempre blancas las pieles que descubre! Después, la derecha con igual delicadeza. ¡Lávate los pies! le dirá sin querer ofenderla pero esperando un gesto de fastidio. Podrían ser gordas, flacas, altas, enanas, siempre que sus pies delinearán una figura de suavidad y ligereza. Pies cerrados sin abrirse como un ramillete de dedos. Sin puntas de hueso o de carne estorbando sus límites. Sin dedos gordos desviados de un tajo. Sin uñas tiasas como garras o como cascos: ¡la terminación feliz de un cuerpo de piel blanca!

Pero la calle ve su cuerpo de contorsionista bailar sobre los tacones de aquellas botas que hacen rebotar sus caderas

de izquierda a derecha sobre un eje tormentoso. Café, todo era color café en su vestimenta. Botas de gamuza, pantalón de lino sin bolsillos, un solo trazo de su cuerpo que cae apretado en las caderas y se va abriendo en los tobillos en un dibujo simple pero preciso de cada curva y cada concavidad. Camisa de franela con rayas blancas escogidas seguramente para quebrar el marasmo de un solo tono. No alcanza a ver cómo la camiseta ciñe su cuerpo con las rayas distorsionadas por sus líneas normales de mujer que ella goza con privilegios, según las caras de asombro de los venteros. No le importa. Sólo piensa en el instante supremo. Ella se detiene en la calle 51. Él aprovecha y compra el periódico y unas frutas para el almuerzo. Al cambio de semáforo la ve cruzar con decisión. Sin soltar el maletín duda y la jauría de carros se le viene encima. Mira el reloj electrónico que pálidamente le refleja las doce y cuarto. ¿Será que tengo tiempo?, se interroga, pero ya un nuevo verde le abre el camino. Tampoco pudo ver que un joven de jean y zapatos tenis rojos apresura el paso detrás de él con la mirada puesta en la mujer que todos miran. Sus manos en los bolsillos de la chaqueta denotan tranquilidad. A su izquierda, un mural sobre la maternidad ennegrece un poco su espíritu de cobardía. Las madres con sus niños le recuerdan la Sagrada Familia. El deber de sacar adelante una familia es el undécimo mandamiento que ha mamado del legado de sus mayores. Ha sido su norte en el diario vivir. Es la meta en sus concepciones morales. Él es capaz de hacerlo. Pero también es capaz de tener su cita con la contorsionista para calmar sus fuegos interiores y así volver como un santo al hogar.

Tal vez alguien, en un balcón, ahora mismo, mirará desde un décimo piso cómo se confunde un idiota vendedor de accesorios de baño tras el culo de una puta recién bañada. Y tal vez no se extrañe de que unos tenis rojos vayan a explicar o a indagar los pasos de todos los que caminan al sur. Ansioso, se acomodará sobre el parapeto para ver mejor. Podría ser la fiel esposa que cumpliría una cita con el odontólogo para una emergencia, o con el ginecólogo por alguna indisposición. Pediría permiso para salir al balcón y fumar un poco. Podrá ser la madre que visita al parasitólogo, quien para demostrar su poderío, la conduciría suavemente al balcón indicándole el maletín de su hijo que corre tras el pecado.

Mira hacia arriba sin ver a nadie. Luego, ya con rabia, a los venteros, como queriendo abrir su maletín y gritarles en el rostro que es el número uno, con voz de culebrero repartir sus catálogos de exquisitos utensilios de baño, gritándoles que ya tiene pago el paseo a San Andrés, que su auto nuevo brilla allá atrás, que sus hijos tienen “el futuro asegurado”, que los buenos tiempos sí existen, que abran paso al número uno que va por su trofeo. Pero sigue caminando. Ella pasa por una joven de buenas relaciones. Puede trabajar en el supermercado al final de la avenida, en los bancos de la calle 51, en un casino, en un hotel, siempre con sus buenas relaciones. Puede pasar por una chica de “buenas costumbres” a una hora “decente” hacia un trabajo “honorable”. Y pudiera ser que sus pies la lleven hacia otro trabajo. Ya no se veían bancos en la avenida, los hoteles debía buscarlos a su derecha al frente del supermercado. Tal vez allí, al final, ¡sí!, de pronto es una impulsadora de Max Factor o Palmo-

live, tiene pinta de representar el glamour de una revista de variedades. De todas maneras se acercaría a su stand para solicitar la contorsionista que conocía, eso no se deja así no más, ¡lávate los pies pequeña mía, contorsióname hasta partir mi columna vertebral, que se riegue mi médula espinal! La ve seguir de largo, pasa por el supermercado y la calle de los hoteles, voltea a la izquierda por la calle 46, reconoce un sitio de contorsionistas por allí. Empieza a preocuparse por el tiempo. Es la hora del almuerzo y tiene que volver al trabajo. Se dispone a cruzar la avenida rumbo a oriente, al encaminarse por la calle 46 no le cabe la menor duda: la verá de nuevo como contorsionista. Dos cuadras arriba toca en una casa, un hombre joven abre la puerta con un teléfono en la mano, hace ademanes de regaño. Sigue de largo unos metros, se detiene, mira atrás hacia la casa, ya han cerrado la puerta, se devuelve. Los tenis rojos le pasan por un lado. Sudando, baja a la plazuela cercana al parqueadero, se toma una avena y busca el carro presuroso. Como un loco acelera para llegar cumplido al almuerzo familiar. La familia es lo primero, pero no lo único, eso lo tiene bien claro.

Recuerda la última función, su mano se fue por unos lisos acuosos, músculos fríos, duros, recubiertos de membranas que aturdían la mente. Sus dos pequeñas nalgas, sus considerables senos, blandos, suaves, donde el tacto nacía de nuevo. No había más. Brazos y piernas flacos, pero el conjunto era agradable. Lo más seguro es que no lo recuerde, era un cliente esporádico de sus contorsiones para ejecutivos y profesionales, como decía el aviso que una vez recibió en un semáforo, averiguó telefónicamente, sólo le dieron la dirección y los precios, los tipos de contorsiones

se dan en persona, dijo la voz al otro lado. Rondó por el lugar sin entrar, programó un horario que le conviniera, sobre todo para llegar puntual a su casa; tragó sus remordimientos como pasante de dos aguardientes y entró. Ella le abrió, vestida con ropas de contorsionista. Recibió aturrido sus explicaciones sobre la función; con usted por favor, si es posible, alcanzó a balbucear. La buscó varias veces para disfrutar de sus servicios hasta que sellaron el local.

No sabía por qué visitaba aquellos sitios. Pero le gustaba poner en juego todo lo que tenía. Le martirizaba pensar en la familia pero aquello era más fuerte. Encontraba razones para justificar su actitud. Trabajo duro, cumplo con mi deber, alguna fallita tengo que tener –se decía para reconfortarse– hay otros con cosas más terribles.

Intranquilo, regresa después del trabajo, se parquea en la calle 46, toca el timbre mirando al suelo, le abre una señora bien presentada. Averigua los pormenores de la función y discute con elegancia los precios y las especialidades. La señora lo coge del brazo introduciéndolo en el cuarto de sus contorsionistas. La celestina voz de la anciana llama al desfile de las pequeñas, con un gesto intimidatorio las obliga a desfilas una a una, diciendo un nombre inaudible y estirando la mano. Tiene cuatro muchachas. Sale la escogida del fondo con su vestimenta de cuero con hebillas de latón presta a la función como si fuera a saltar de un trapecio y lo seduce como a un niño ante el asombro del circo. Él escucha una pregunta. Ella pronuncia una respuesta. Voces que rebotan en las paredes lavadas de un cuarto que se transforma en laberinto de soledades. Sus manos frías lo guían por un estrecho pasillo que lo obliga a caminar

agachado como en una colmena. El túnel va abriéndose ante sus ojos en rampas estrechas que se encienden de un rojo chillón como el preámbulo del infierno. Deposita sus cosas en la silla de mimbre, en la pequeña mesa y en los percheros de la puerta. Cae su reloj de oro, su móvil, sus gafas, al lado de sus llaves en la pequeña mesita. El pantalón lo dobla en el espaldar de la silla. Su camisa y camisilla blancas van detrás de la puerta. Lo mira y gira las manos como preguntando *¿y entonces?* Agiliza sus movimientos y tira acosado las medias al piso. Asustado, mira cómo lanza con exactitud sus pequeños pantalones negros que caen como una mancha de aceite sobre sus cosas. Aún así, gira el rostro para ver mejor a su bonita. Se voltea frente al espejo diciendo: *¡ilisto, lávate los pies!*, por favor, mientras se despoja de la virgencita que protege su cuello. Ella sólo conserva una ajorca de semillas secas que le parte en dos un tatuaje verde en su tobillo derecho. *¿Me recuerdas?* Un poco. *¿Por qué cerraron el otro negocio?* La policía no quiso más, *¿cuál quiere?* El de sesenta mil. *Ése no puedo.* *¿Por qué?* Tengo un problema y no puedo hacer ese. *¿Cuál problema?* Es mejor que no lo sepa, tranquilo que no es contagioso. Bueno, el básico entonces. *¿Aún no saben en tu casa?* Ni se le ocurra eso por Dios, *¡qué tal!* Una colchoneta con sábanas blancas, dos sillas, una mesita con una grabadora en un cuarto amplio con baño interior es el espacio para el espectáculo. *¿Qué música quieres?* Cualquiera. *¿Con aceite o con talco?* Con aceite. De espaldas mira por el espejo que hay en la pared: cara linda, senos preciosos, piernas flacas, le agrada. Sus pies, finos como el borde liso de una porcelana, gráciles como las manos de un mimo, cumplen el rito inicial:

ilávate los pies por favor! Maldijo la culpa concentrada en la rigidez de su espalda, se volteó para que le expiara con sus pies alados ese dolor. La vio brincar de un salto magistral para encaramarse en su cuello. Era extraño sentirla al mismo tiempo con la planta de los pies sobre sus caderas y los labios humedeciendo su cuello. Caminaba así hasta formar un ovillo sobre su cuerpo. Daba vueltas desde su cabeza hasta el extremo de sus pies, toda ella bañada en un aceite gelatinoso que aumentaba su velocidad y su destreza a la par que sus gritos: ¡Niño malo, niño malo, si te portas mal se acaba la función! Al momento, bordeaba su abdomen con la naturalidad de una serpiente, esgrimiendo su dentadura que lo hacía contraer en un acto reflejo de defensa. Con sus orejas frotaba su sexo como queriendo escuchar algo. Se reía y frotaba con más fuerza para que le hablaran y le pidieran mil deseos. No escuchó nada, de pronto mordisqueó con rabia haciéndolo contorsionarse de dolor. Un rojo intenso cubrió su cuerpo mientras ella rodaba exhausta por el piso al rincón de las toallas. Al rato, recorre de nuevo todo su cuerpo con sus manos, sus caderas, sus senos. Voltéate. Igual, recorre su vientre con sus manos, sus caderas, sus senos. Se ahoga en su cabello, resuenan sus sienes. Una leve llovizna se oye a lo lejos. Pequeñas gotas. Truenos. Rayos en la ventana. Arrecia la lluvia. Truenan como metralla las gotas de lluvia sobre el techo. Retumba el cielo. Los zapatos rojos retumbaron también. Con dos golpes secos, como un juez, exigían respeto, la palabra ya no les interesaba. Se oyen gritos de mujeres asustadas, la puerta se abre de repente, ella cae sobre él bañada en sangre. Un joven se le acerca, por fin ve sus tenis rojos, se sienta en el suelo al lado de ella,

voltea el rostro de la contorsionista hacia su cuerpo. ¿Por qué, por qué mi chiquita?, mira que embarazada y en éstas, ni siquiera por nuestro hijo, ¿por qué?, ¿por qué chiquita?, te lo rogué de mil maneras, te quería tanto. No lo veía, no lo veía el muchacho, se escabulló como pudo, repartió todo lo que tenía entre las muchachas y la dueña para terminar de comprarlas.

Dejó sobre el regazo de su esposa el periódico y la bolsa con las frutas. Sí, sí mi vida, otra ventica más, de ahí la demora, la próxima vez te aviso, sí, sí mi vida, lo que tú digas. Ella, mirando al bebé, le pregunta extrañada: ¿Subiste el biberón?

El premio

El manuscrito estaba listo al fin. Arrumó la última hoja sobre el legajo amontonado a la izquierda de su escritorio. A mano, estaban escritas a mano. Así se acostumbró a escribir desde joven, pequeñas cosas iluminadas por la luz de su mirada interior. Sentado a la mesa del pequeño cuarto donde se aisló para escribir su obra miró por la ventana. Amanecía ya; volvió la mirada al desorden de hojas pensando que luego las mandaría a transcribir donde la vecina y sintió que ahora sí se alejarían de él para siempre. La joven secretaria que lo recibió sacó sus ojos de las hojas de vida y los trabajos menudos que tenía al lado de la máquina de escribir. “Aquí le traigo para que pase trabajos”, le dijo sonriente desde la reja que protegía el negocio. Claro que la obra máxima no iría allí, nunca acabarían con tiempo para entregarla al concurso, meditó horrorizado. El no cumplir su plan le llegaba en aletazos fríos hasta la planta de los pies. Se desplazó al Centro, buscó con paciencia un sitio moderno, de computadores. “En una semana puede pasar por el libro”, le dijeron mientras calculaba. Era el tiempo justo.

Ahora el camino se abría limpio para la venganza, de eso se trataba todo, los culpables pagarían con aplausos al

“pusilánime” que de pronto aparecería en los diarios con su arrume de libros; venía trabajando en ello los últimos diez años. La carta a su hija en el exterior era la clave de todo, dependía de ella. Además, tenía el tiempo justo para regalar algunas cosas que aún conservan cierto valor; otras, las más queridas, las empaclaría para su hija. Levantaría sospechas innecesarias entre sus vecinos con tanto movimiento. Lo pensó dos veces en voz alta: “Bueno, diré que tengo un viaje donde mi hija”, “Sí”, se dijo. “Me iré de vacaciones. Es la excusa perfecta para no despertar sospechas”, convencido ya, se vio libre de líos de última hora. “Enviaré todos estos chécheres a la asociación de jubilados, el televisor, el equipo de sonido, los muebles, algo ayudarán a esos viejos a entretenir su soledad”.

Había decidido participar en aquel concurso literario para obras inéditas. Era la última oportunidad. Siempre anheló publicar pero no encontró apoyo. Tener que trabajar para sostener a su única hija –herencia del fracaso– a su madre y dos hermanas solteras aficionadas al tejido y a la iglesia, ¡ah!, y el pequeño hijo de la hermana menor que lo convirtió sin querer en *tío-abuelo*, como le decía el niño, mermaba sus energías creadoras de las cuales dudaba muchas noches bebiendo un trago antes de volver a casa. A veces quería mandar todo al carajo y dedicar su vida sólo a la escritura. “La obligación de sobrevivir es con uno mismo”, espetaba a sus obligaciones; “claro que renunciar no es tan fácil”, contestaba su conciencia. Un eco de misterio en la voz de su madre, de sus hermanas, de su esposa, de su hija le creó la necesidad y luego la obligación de entregarles sus horas y sus días a costa de su creatividad. Un principio cómodo y grato que él mismo propagó como algo natural y ético.

A los sesenta años lo botaron de la empresa, ya inservible y con los achaques de la vejez mordiendo cada movimiento de su cuerpo. El odio que tenía acumulado salió como una fuente de palabras con sangre que se ordenaron unas detrás de otras con el sentimiento de venganza como guía. Atacó y atacó la página en blanco, las cuartillas fueron naciendo hasta formar una columna de papel: un tomo de cuentos, una novela, un libro de poemas, todos inéditos, arrumados en el cuarto después de recibir las mismas notas de respuesta: que le faltaba estilo, que su lenguaje era obsoleto, que los temas no eran actuales, vendibles, “¡Qué sabían ellos del arte!”, manoteaba en el vacío. La pensión la gastaba en copias, estampillas, envío de correos, encuadernaciones, gastos de transcripción. Nada... ni menciones... ni reseñas, ¡nada!, su obra no parecía decir nada a este mundo. “Eso debe ser”, dijo como descubriendo algo, “este mundo no; tal vez otro mundo reconozca mi obra, quizás en cien años, ¡quizás!”.

Al pasar los años le volvían las obsesiones, su voz tenía que ser publicada. “Tal vez algún crítico descubra el hilo conductor que recorre mi estilo y atestigüe el dolor que causa la modernidad para la creación del artista”. Lo meditó un instante y lo desechó por optimista. “Nadie se puede meter en el pellejo de otro hasta encontrarle el alma. Los críticos no comprenden, sólo suponen todo hasta creer en otra historia”, concluyó.

Revolvió las hojas con lentitud, inclinó levemente la cabeza sobre ellas. Bostezó en el duermevela de los recuerdos. Vio a un joven sin rostro escribir canciones a enamoradas de cartón, no lo ve pero lo siente tan próximo que se le aguan

los ojos, se le seca la garganta; luego, un diario novelado recibe emociones y sentimientos para ser escondido del ojo de un lector no invitado. Cosas de la casa, pensamientos, contemplaciones. Escribía con facilidad. La fue perdiendo por luchar para sobrevivir. Y por entregarse a causas supremas por encima de la literatura: la academia, la religión, la familia. Leía como loco lo que le caía en sus manos. Las historias sagradas de La Biblia recogidas en libros de instrucción católica le hicieron anhelar la santidad. Recuerda que fue en bachillerato cuando descubrió la literatura. Primero acompañaron sus noches historias de amor y le salieron las primeras canciones, algunos poemas recordando lo leído, todas con la melosidad del primer amor y se creyó el joven poeta que recibía las cartas del maestro. Luego, la gran novela latinoamericana enervó sus sentimientos de solidaridad. Escribió su primer cuento bajo esta influencia. Trataba de un gamonal, un cura, un pueblo inerme. *Un ayer, un pueblo* era su título; lo envió, entre vacilante y convencido, como quien disfruta del pecado pero teme ser descubierto al periódico local. No recibió respuesta. Esta primera bofetada que el destino le propinó para desbaratar su sueño le resbaló sin alcanzarle mejilla alguna. Fue naciendo en él la idea de su primera novela a los dieciséis años. Escribió cincuenta cuartillas. *Todos estábamos muertos*, alcanzó a nombrarla. Una autobiografía disimulada que nunca dejó de retomar. La escribió en las hojas sobrantes de los cuadernos del colegio. Una novela donde culpaba a su padre como la mayor de sus desgracias. Jamás la terminó. Se atosigó con el dolor, la frustración, al ver aquellos cuadernos ajados que contenían el inicio de todo, sólo el inicio, tal vez un retrato de su fami-

lia, de sus gentes, nada serio, sólo recuerdos del dolor y del hambre. Estas líneas quizá tenían su mérito para un joven de quince años, es más, se podría decir que anunciaban al gran escritor que nunca fue. “¿Qué pasó? ¿Dónde quedó todo aquello?”

La pasión por la escritura es ahora un cúmulo de cenizas en un empleo mediocre de una oficina cualquiera. Le llegó la hora de decidir el futuro y se impuso la razón, el día a día. Decidió estudiar una profesión que le ayudara a sobrevivir con su familia. Era lo único que sabía hacer. Leer, escribir, sentarse en un escritorio a pensar y razonar. Algo similar debía ser su futuro. Estudió dos años hasta terminar los estudios de auxiliar de contabilidad; se afincó en su puesto, pensando que él le daría tiempo después. Luego, otros dos años de estudio para ser un técnico contable. Trabajaba de día, estudiaba de noche. La literatura se le fue diluyendo como un pasatiempo más. Hojas sueltas recogían algunas veces los alaridos de un animal que vivía dentro de él. Alaridos nada más, la narración no llegaba. Después, diez largos años para obtener el título de contador juramentado. Tenía ya treinta y cinco años con un título que le permitió un modesto ascenso. La tarea de luchar por la familia lo absorbió. Se inició en la carrera de comprar y comprar. Miró a su alrededor lo deprimente del escenario. Debía partir de cero pues los cuartos de la casa los llenaba el eco de la pobreza. Primero renovó el mobiliario. Los muebles de sala y comedor de acuerdo al gusto de su madre, “las camas aguantan otro rato”, se resignaba ella. Luego, los electrodomésticos fueron llegando: nevera, televisor con control, equipo de sonido, también con control. A los cinco años

relucía la casa. Pero no era su casa, había que comprar casa para dejar de pagar arriendo. Hipotecado por quince años se le fue a veinte por algunos atrasos, ya que ese sistema de pago era impagable. Se casó con una compañera de trabajo diez años menor, una mujer que lo superó en la habilidad con los números y que nunca dudó de la idea del deber y se extrañó cuando él mostró alguna duda, una mujer que lo estrujaba y lo empujaba hasta el baño para que el agua fría lo despertara y lo alejara de tales “intelectualismos”, como ella le decía a su obsesión, una mujer que siempre pensó en independizarse algún día y que, después del nacimiento de la única hija, inició el tan anhelado negocio vendiendo fruslerías para mujeres, abandonando el puesto en la empresa. Avanzó rápido en el negocio pasando a vender cosméticos de marcas internacionales de casa en casa, de barrio en barrio, de ciudad en ciudad.

Sus días se repetían con la voracidad de un *Déjà vu*, sin preocupaciones por el porvenir, seguro de que el lunes madrugaría a las seis de la mañana y de que al domingo próximo el desayuno sería tranquilo y el mediodía lo encontraría dormido en el balcón de su apartamento con el periódico en las rodillas. Él declinaba los planes de escribir y el aburrimiento acompañaba los días apacibles en el hogar. Pequeños aullidos escuchaba algunas noches.

A los cincuenta años un mazazo lo durmió poco a poco en un desánimo que lo hizo mirar todo de otro modo. Bebió demasiado. Trabajó lo necesario para conseguir lo necesario. Dejó de pensar en cosas materiales. El amor nunca fue su mayor preocupación, es decir, jamás lo acompañó; pero se sentía solo. Frecuentó bares y prostíbulos. Vestía de cual-

quier manera. La mamá empeoró al ver su caída. Un día la esposa lo miró con desdago, empacó su negocio gritando enfurecida al tirar la puerta: “Me voy, antes que te gastés lo poco que nos queda”. Guardó la vieja camioneta para caminar su ciudad. Volvió a vestir jeans y zapatos tenis. Leía, iba al cine, solo, siempre salía a caminar solo, en un letargo permanente, absorbiendo lo que la ciudad le podía dar. Así, hasta llegó a pensar en mandar todo a la mierda y pegarse un tiro. Buscó hasta el fondo del iceberg para comprobar si era más grande la muerte que el olvido. Sin conocer un arma en la vida pensó en otras formas de matarse. Dejarse caer al vacío en alguna parte, de un puente, de un edificio. La visión de su cuerpo ensangrentado lo dejaba sin alientos. Tragado por el mar, por un río. Las venas rotas manando a borbotones. Intoxicado con algo, gas, líquido. Escuchaba voces a favor del gas. “Un desfallecer romántico”, le pareció escuchar alguna vez. Explotar sin dejar rastros de vida ni de muerte. No tuvo fuerzas para hacerlo. Ni aun su muerte estaría acompañada de un acto literario; se veía morir aturdido de años en la pequeña buhardilla. No sólo desaparecer él, ¡no!, tal vez repartir veneno en un desayuno de una celebración cualquiera y mandarlas al infierno a todas ellas: las culpables de su vacío.

Llegaba ya a los cincuenta y cinco años sin escribir algo que valiera la pena. Desde hacía cinco años se le había revolcado aquel viejo anhelo. El animal se apoderó de nuevo de su cuerpo y aulló ordenando victorioso el camino. Empezó a leer con disciplina. Participó en un taller de escritores. Revolió sus viejos manuscritos. Retomó el viejo cuento, su vieja novela. Sólo le salían frases cortas, duras, que no

conducían a ninguna parte. Se sentía vacío, culpable, asesino de un sueño. Por esa época un viejo poeta arremetió con fuerza inusitada en la novela. “Tenía más edad que yo cuando inició la publicación de su obra”, barruntaba esperanzado en un futuro como escritor. “¡Iluso, como si una obra se gestara en el momento de su publicación!” , se castigaba. “De todas maneras pareciera que en literatura loro viejo sí aprende a hablar”, dijo para alentarse. Fue una inyección de optimismo. Pulió el estilo. Siguió leyendo y escribiendo un diario de recuerdos. Le fueron saliendo historias cortas, pequeños trazos de la juventud ya ida. Vidas no vividas pero anheladas en el recuerdo. Era un torrente. Decidió que la única forma de publicar algo era a través de un concurso. No conocía a nadie que le pudiera ayudar. Inició el envío de cuentos, poemas. Nada, no pasaba nada. Luego, a concursos de novelas, nada; ni una respuesta. Se dirigió a las editoriales recibiendo alguna nota evasiva; las más de las veces, nada. Su único sueño moriría con él. “Tal vez todo aquello nacido de un arrebato senil ya no le decía nada a nadie, tal vez no tendría ningún valor. Realmente no servía para nada”, se fustigó.

Por aquellos días de agotamiento vagó en su mente la discusión sobre el método y los espacios propicios para escribir. Impulsado por Descartes buscó el método preciso e inspirador. Vio en la campiña el primer lugar donde el olor y el calor de la naturaleza traerían manantiales de creación, pero un ciudadano como él se acercaba más a un pequeño café, la penumbra, música suave. Todo ello enervaba su yo interior de criterios menos sofisticados, pero él sabía de algunos escritores para los cuales funcionaba.

Además las jovencitas que atendían el lugar no dejaban de perturbar sus ansias de serenidad. Otro día vio en la tele a un escritor saliendo al encuentro de vivencias caminando en la calle con un cuaderno abierto donde plasmaba en directo el rugir de la ciudad. Sudoroso y sin donde apoyar sus manos fracasó en la imitación de tan fecundo método para otros. También escuchó que el escribir de pie, como los pintores, genera una actitud de trabajo varonil, de gran aliento y puede ser un lenitivo para la dispepsia. Compró entonces un atril e inició tan ancestral procedimiento. A los quince días sus atrofiadas articulaciones solicitaron un sillón, descubriendo con Carpentier que el recurso no era el adecuado. Se imaginó comprando una máquina futurista que promocionaron los japoneses en una feria internacional de alta tecnología. Un computador traducía la voz humana a texto escrito en la pantalla. Para conversar solo se tenía confianza. El discurso a la pared, sin ojos escrutadores, se arma con sobriedad y cautela. Los diálogos y la narración han sido géneros inicialmente orales que luego se transcribieron en signos. Anheló por siempre este método y pensó que parte de su escasa creación podría estar en no tener esa bendita máquina. Vio a muchos escritores que en sus últimos años sólo tenían su voz para transmitir sus fantasías y sus memorias. Era el momento de comprarla pero no tenía dinero para pagar una secretaria, menos para aquel aparatejo. Al final le funcionó el viejo método de la otra habitación, la propia, y refugiado en su buhardilla armó el manajo de hojas que tenía al frente. Eso sin pensar en el tiempo, con el dilema del espacio tuvo para confundirse bastante, pues ya el tiempo estaba solucionado por cuenta de la jubilación.

Recordó aquellos días en los que sólo pensaba en sobrevivir, sin rabia, pero con dolor consigo mismo. Él sobrevivió, pero su obra salía de un fruto demasiado reseco, con señales de fetidez y arriesgando a ser barrida por el más mínimo soplo involuntario del tiempo ya ido.

Cambió de estrategia enviando sus escritos con el seudónimo de un joven estudiante vecino, en el sobre cerrado el nombre y la biografía de él tratando de conmover al jurado como un novel escritor; no confiaba en eso de los sobres cerrados, “ya estoy muy viejo para que me crean tan pen-dejo”, le decía al joven que lo miraba con lástima. Nada, ni aún así consiguió llamar la atención. Reconociendo el auge de la literatura femenina en el final del siglo –en contra de la historia ya sabida de las escritoras firmando con nombres masculinos– envió a un nuevo concurso (no pensaba en otra alternativa, veía bien claro que el mar de la tranquilidad de los escritores inéditos sólo lo alumbraría el faro luminoso de un premio) con el nombre de su madre juraba y rejuraba haber ganado el concurso a pesar de que lo declararon desierto; aún más, por ello lo aseguraba, tal vez llamaron a su madre y quizá ella, para salvarlo, se declaró inocente cuando la interrogaron, dejando el camino de escritor para su hijo, su madre podría haberlo hecho, lo supuso nada más. La culpaba también a ella por no comprender la coartada.

Cuando leyó el aviso de convocatoria en la asociación de jubilados lo supo, “éste es el mío”, se dijo como descifrando algo escrito sólo para él. Al ver los requisitos lo confirmó: obra inédita, escritor fallecido, excluido el suicidio, premio único, publicación de la obra completa, mínimo dos novelas y un libro de cuentos. “No lo puedo creer, esto es para

mí”, se le volvió a escapar. Repasó el aviso: “La Academia Regional de Historia convoca a todos los deudos, amigos y/o representantes de escritores fallecidos a 31 de Diciembre de 1999 a participar en el Primer Concurso Regional de Literatura Post-mortem...”. Un escalofrío en la espalda le paralizó todo el cuerpo, su mente captó el cuchillazo, vio el final. “Tengo que morir”, retumbó en su cerebro. A los setenta años encontraba la luz que lo daría a conocer ante el mundo. Toda su alma brillaría a los ojos de los lectores. La obsesión tantas veces escondida en la lucha diaria del trabajo, de la responsabilidad, de la crianza, de su familia. “Siempre ellos antes que yo. ¡Ya no más! aun a costa de mi vida publicaré mi obra, quiero estar al lado de los grandes, codo a codo, en los estantes de las bibliotecas del mundo con un libro que se pare solo, robusto, fornido; no un librito sin pies ni manos; ¡no!, un libro de verdad”. Se recostó desmadejado por la excitación. Agitado, llevó el plegable del concurso al taller de escritores donde fue objeto de controversia. Algunos se rieron y le gritaron la locura que veían en ello. Otros tomaron apuntes discretamente y no dijeron nada. El profesor descubrió un origen oscuro, de tipo mesiánico, en la apócrifa Academia de Historia y llamó a la sensatez. Un joven sicólogo se interesó en el caso incitándolo a llevar su participación hasta las últimas consecuencias.

Por un tiempo soñó con la fama y con las veleidades que el dinero del premio traería consigo; se vio ganador de varios premios nacionales y alguno internacional con su bolsa en dólares, o en euros, “porque los concursos son una lotería”, se dijo, “y las loterías se las puede ganar cualquiera, a veces, cuando las mafias dejan”; entonces, aquello podría pasar y

la cadena de sucesos fantásticos lo llevaron de su aislado escritorio a situaciones excitantes de viajes, entrevistas, conferencias, convertido en “la buena nueva del siglo XXI”. El batacazo fue tan fuerte al ver el rimero de hojas esparcidas en el piso que se le inflamó un “chichón” en el alma por varias semanas. Pero aquello fue quedando atrás y ya se olvida de tanta ilusión y tanta ingenuidad. Cansado, pues, de tanta fe, se entregó a dos manos a aquél panfleto salvador y roció con la idea de la muerte toda su obra.

En la carta dejó todas las instrucciones para su hija. Le solicitaba a manera de legado un último deseo por si ocurría algún suceso luctuoso –el cual podía suceder en cualquier momento a un viejo como él– que frenara su carrera como escritor, es decir, que frenara su actitud de querer ser escritor. Pedía perdón por tan insólito encargo, pero trató de dejar muy claro que sólo lo hacía para que las cosas se presentaran de tal manera que pudiera ser calificado para el concurso, que por lo demás ella sabía, causó tanto encono en los años pasados cuando salió a la luz. Más aún, cuando sabía del tenaz desacuerdo de ella con premios por encima de la voluntad de Dios, pero le argüía precisamente eso, somos mortales y como tales nos comportamos, aunque siempre queremos ser lo contrario. Todo debía quedar en absoluta reserva; además, él trataría de proceder en todo de forma natural, pero siempre cabría lo accidental. Pedía perdón por el atrevimiento de implicarla, de pedir su ayuda, recordándole su entrega y sacrificio para criar la familia. En una bella exposición describió la importancia de su obra y la necesidad de que la humanidad conociera su mensaje y terminaba con: “...sé que es muy duro lo que acabo de pedirte,

pero si algo quieres este viejo, organiza todo tal cual te lo pedí y, sobre todo, no olvides de repetir cada año este encargo hasta que mis huesos descansen en paz. Perdóname por no poder abrazarte por última vez. Tu padre”.

Después de un tiempo prudencial, antes de que ella recibiera la carta, la llamó solicitándole en forma desprevénida venir a visitarlo para las fiestas de Navidad que se aproximaban. Esperó sin afanes los días faltantes hasta que la carta llegara. Quince días antes de las fiestas, acosado por las últimas noticias que daban cuenta del raro incremento de accidentes mortales de escritores en toda la región y por el vencimiento del plazo para poder concursar el año entrante, se inscribió definitivamente. Como no era un reconocido escritor, los diarios no sumaron su muerte a los anteriores sucesos.

En la asociación de jubilados el tiempo se detiene en cada rincón y en cada rostro. En la vieja casona algunos parlotean animadamente en la gran sala al frente del televisor. En el cuarto contiguo el equipo de sonido deja escuchar un tango que algunos tararean. Los cien ejemplares con la obra póstuma del señor escritor yacen en el cuarto trasero que pasa por improvisada biblioteca, el rimero de libros aún ahorcado con una cinta amarilla marcada en el centro con letras negra que forman el aviso: “prohibida su venta”. El teclear de una máquina parece golpear sin descanso desde el interior donde el polvo y las polillas acompañan al premio.

El país de la muerte perdida

Primero

Lunes de luna, *luna lunera cascabelera*. De juegos debí tener un lunes, de luna, también debí tener una noche de lunes. El origen de los juegos, el origen del amor. Es lunes, el segundo día cristiano, el primer día de mi vida. El primer día de la modernidad capitalista. Ya nada le dice la luna al lunes. Ya nada nos dice la luna, el ojo izquierdo del cielo. Con veinte millones de dólares se puede comer queso en la luna. Con veinte millones de dólares podríamos comer pan en la tierra. Es lunes. El mínimo salario llama angustiado, más angustiado salgo yo tras su llamado. *Soy más grande que el sol puedo ver la luna...* canciones ya viejas que nada tienen que ver con este lunes de...

Siempre iniciamos un lunes a contar el tiempo que tenemos. Es el día del comienzo, el origen de las etapas en que dividimos la vida; nunca de domingo a domingo. Toda mi vida se mide en jornadas laborales. Soy un simple mortal obligado a trabajar. De lunes a sábado transcurre mi vida. El domingo descanso. Dios inició su trabajo un domingo. Descansó el sábado. ¿Quién trastornó su calendario? Es mi primer día.

Leo el periódico con desgano. El negro café rebota en el vacío de mi vieja úlcera, vieja ella como mis preocupaciones. Siento escalofrío. Trago la pastilla contra el gusanito que se me come el estómago. La noticia atraviesa mis ojos. El escalofrío llega hasta los pies. “Una bala perdida mata a...”. Una vida cortada sin motivo, sin enemigos, sin querer tal vez. Un futuro se fue por un pequeño orificio en su costado. Sus sueños corrieron detrás. Los sueños de su familia se sentaron a su alrededor antes de partir. Una muchacha replica ante los suyos, “¿dónde quedaron nuestros sueños?, una explicación justa, ¿quién?, al menos una mentira que ayude a respirar, por favor”. Sirvo otro café matizado con leche.

La idea se clava como un tiro. Una bala perdida. Un objeto consigue grado de conciencia ante la opinión pública. El objeto perdió la ruta, perdió el camino. El error fue perder el camino; si hubiera dado en su objetivo no sería una bala perdida. Pobrecita ella. Se perdió la infeliz. No gozó de la certeza y de la realidad de dar en el blanco. Su grado de conciencia se debe preguntar tantas cosas: “¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Para dónde voy? ¿Quién me dio la existencia? ¿Fui creada por un ser superior? ¿Por qué no encuentro mi camino?” Se siente sola y vacía. Recuerda la última bifurcación. No alcanzó a girar lo suficiente. Ella no eligió. La vida, la inercia de las cosas la envió a recorrer una ruta precisa, cierta, real, una ruta mortal.

No tenía por qué estar ahí, en ese lugar, en esa posición, no tenía por qué vivir en esa calle, en ese barrio, no tenía por qué buscar la luz de la ventana, no tenía, no debía. Pero era su calle, era su barrio, era su casa, su cuarto, su rutina, su

vida normal, sencilla, sin sobresaltos. No, con sobresaltos, y muchos, por lo demás, pero era su vida. Era su silla, su libro, su examen, era donde debía estar y estuvo firme y puntual. Estar o no estar, he ahí nuestro dilema. Seguiremos estando hasta ver caer el último. Nos toca caer el uno detrás del otro. ¿Quién disfrutará de nuestra ausencia? El recuerdo se pavoneará de ello. En cada esquina conversará el muerto con el muerto. ¿Qué tal tu caída? Un poco de agua para la sedienta flor. ¿Quedará alguien para llevar las flores? Un rezo destrozará nuestra ausencia. Ya nadie se acuerda de los muertos de ayer. Siempre habrá un muerto presente. Ese, aquel, el de más allá. Un duelo actual y permanente. El duelo de no poder ser. El duelo de existir. El duelo más grande que nos tocó vivir. Se muere en un rincón el amigo, el hermano, el padre, el hijo, el maestro, el filósofo. ¡Cómo nos acostumbramos a ver morir gente! La gente es gente ausente. Un aviso, una nota de prensa se va llevando la gente. Pero la gente tiene nombre. Es un Julio César, es un José Antonio, es un Héctor, es un Carlos, es un...

Una bala perdida. ¿Dónde estará mi bala perdida? Recuerdo que es lunes. El origen. El inicio. El primer paso. ¿Cómo dar el primer paso si una bala perdida te espera en cualquier parte? Puede no ser una sola. Pueden ser miles de balas perdidas. Ya no serían tan perdidas. Serían las dueñas de las calles, de los parques, de la tienda, de la esquina. Las dueñas de todo. Perdón, bala perdida: ¿Me agacho o dejo que usted entre? Suena el teléfono, el timbre, la puerta. Oigo gritos. Me llaman a gritos. Lo estamos esperando, gritan desde la calle. Es lunes, debe salir, debe hacer algo, iniciar algo, debe dar el primer paso. Es lunes, se debe trabajar en

lunes. ¡Extra! ¡Extra! ¡Extra! Grita la radio. ¿Quién diablos prendió la radio? Asesinadas veinte personas al estallar carro bomba cerca de cuartel de policía. El país se desangra. Los civiles mueren por miles. Niños, mujeres, ancianos. En el campo, en la ciudad. Mueren los civiles. Balas perdidas. Granadas perdidas. Minas perdidas. Bombas perdidas. El país de la muerte perdida. Señor de las cosas perdidas, sembraste nuestro destino en la montaña, el campo, la ciudad. Ni siquiera tú puedes salvarnos. La suerte está echada.

Siguen tocando la puerta. Me sofoco en la casa con todas las puertas cerradas. Así debe ser, soy cuidadoso, hay que aprender a serlo. Un megáfono grita recordando que es lunes. Me aturde. Debo salir. ¿A qué? A dar el primer paso. A quemar la primer vida.

Abro la puerta. La bala perdida, impaciente, ocupa el vano de la puerta. Pregunta mi nombre. Sí, ¿señor... señora? Soy yo. Identifíquese por favor. Aquí tiene mi cédula. ¿Usted, por qué no ha salido?, perdemos tiempo buscándolo, tenemos mucho qué hacer. Perdón bala perdida, ¿me agacho o dejo que usted entre?, lo adivino en su mirada: pase por favor.

Segundo

Por fin di el primer paso. El joven que murió en la primera vida me recibió alegre y me contó que escribía un relato sobre una bala perdida cuando le llegó la hora. Su bala perdida. Me lo contó sin odios. Después de morir se queda uno sin alientos de nada. No odia a nadie. Pero me advirtió

que escribir sobre balas perdidas es peligroso. Realmente mortal según su experiencia. Me despidió en la puerta del paraíso con las últimas recomendaciones para esta nueva vida que nadie me ha regalado pero que les arrebató para poder testificar la vida.

Martes de Marte, hijo de Juno sin el pene de Júpiter. Fruto del polen que fecundó a su madre en casa de Flora. ¿Cómo tú, hijo sin violencia del deseo, eres el dios de la guerra? Era tu destino en el Olimpo, es nuestro destino en la tierra. Ven, pues, Marte a esta guerra del martes. Monta tu brioso corcel, protege tu cabeza con tu brillante casco, blande tu espada y camina por nuestras calles. No asustarás a nadie Marte. Este martes no es tu martes. Esta guerra no es tu guerra. Esta guerra no es una guerra. Una maldita ratonera con su gato acechando en cada esquina, no hay héroes para combatir, no hay causa para defender, no hay ejércitos para vencer. Déjanos solos en este martes sin dioses.

Tomo otra pastilla. La úlcera continúa viva. Tomo un café. Fumo un cigarrillo. Es martes, un martes cualquiera. De esos en los que podrías llegar a decir que no pasó nada; siempre y cuando no te mueras y así poder decir algo. Es lo importante, decir algo. Sigo. Es un día normal. Un pequeño agujero no me sangra en el pecho. No se debe jugar con balas perdidas. No se escuchan gritos. No suena el teléfono. Es un día normal; día de trabajo; martes de consolidación. Segunda etapa.

Me presento ante el capataz a cobrar la obra ejecutada. No me ve. No figuro en el sistema. Le sugiero cortésmente que se asome a la ventana. Allí podría ver la obra ejecuta-

da. Es brillante, es hermosa, es una obra bien ejecutada. La obra, sí, claro que la veo; pero su nombre no coincide con ningún código. No tengo código. No existo para la empresa en que trabajo este martes real de mi vida real. Prendo un cigarrillo para despertar mis pulmones. Tosen agradecidos. La úlcera se retuerce. Me siento real, vivo; más vivo que nunca. Por fin, un empleado genio crea una rutina de contratistas supernumerarios. Existo en el sistema. Extraen mi partida de bautizo con los impuestos pertinentes. Salgo corriendo al banco. Paso como una exhalación por la puerta que se cierra a mis espaldas. Después de una hora en la fila cuento el cambio. El dinero está completo en mis pantalones, en mi camisa, en mis medias. Soy el pago de los ayudantes que esperan ansiosos en el bar. También esperan muchachos que no son ayudantes. Veo su revólver. El guardia del banco sale disparando. Tres cuerpos caen. Tres cuerpos caemos. Billetes, balas, cuerpos en el piso. Una moto se pierde en el horizonte. Segundo paso. Segundo día. La meta se aproxima.

Tercero

El contratista me dijo que reconocía a los muchachos que lo mataron. Los vio crecer en el barrio, jugar con la pelota, tocar las puertas y correr; pedir mecato en la tienda y correr; correr tras el camión de gaseosas destapando con los dientes las botellas; pasear en moto gastando gasolina para dejarse ver con sus jeans de marca, tenis de marca, chaquetas de marca. Marcados ya para siempre por un destino

que deja colgando del dedo gordo su única marca: N.N. El contratista me aconseja evitar a los muchachos. El joven estudiante me revisó los pequeños agujeros. No siempre los consejos predicen el futuro, me dice al oído, tú mismo irás aprendiendo, ya verás, asevera con certeza. Con sus manos en mi hombro me abrazan en otra despedida del paraíso, recordando que de todas maneras no está por demás no escribir sobre balas perdidas.

Miércoles de Mercurio, hijo de la ninfa Maya y de Júpiter. Todos los días son hijos de Júpiter. ¡Júpiter!, no le veo la gracia. Miércoles de Mercurio, día de vender, de negociar, de comerciar, de usufructuar, de robar, de engañar, de timar. Día del *avión*, del *vivo*, del listo, del pillo, del negocio, del regateo, del trueque, del empeño. Día de la elocuencia, de la labia, del tumbis, de la carreta. Mercurio el eterno comerciante. Su primer negocio fue robarle bueyes a Apolo. Mercurio, parlanchín, jugador apostador. *Juego mi vida, cambio mi vida* en este miércoles de Mercurio. Tampoco cambio mi puesto en esta guerra. Aquí nací y aquí me quedo.

Miércoles. Voy bien. Está rindiendo la semana. Se me llena de agujeros el pecho. La úlcera sigue viva. Otra pastilla para calmar el dolor. Un cigarrillo y un tinto para pasar el rato, para gastar la vida que tengo, las vidas que tengo. Es mi meta en este relato. Cualquiera se daría cuenta de inmediato; pero, siga leyendo por favor. Gastar las siete vidas que me fueron dadas ¿Por quién? Puede ser el mismo que me las está quitando ¿Serán la misma persona? El creador y el asesino juntos para terminar su obra.

Dominado por el miércoles vuelvo al trabajo. Madrugo, me aseo, desayuno, miro el reloj, salgo corriendo. Tengo

el tiempo justo para caminar cinco cuadras, comprar el tiquete, subir los tres pisos a la plataforma, coger el tren y llegar temprano a la oficina. Impacientes los trabajadores esperamos el tren. ¿De qué otra manera podríamos esperar el tren los trabajadores? Me llega un suave olor de cabello suelto, húmedo, manos frías, ojos que no miran, por lo tanto, no ven. Vamos todos pensando en cada uno. Nos tocamos sin hablar. Somos todos pegados uno a uno. La ciudad abajo humea su despertar. Pasamos sobre ella sin saber dónde caer. Llegamos a su ombligo y nos traga de nuevo. Camino apurado. Feliz de cumplir ¡Mentira! ¡Qué feliz ni qué vaina! Camino tenso. El cuello, la espalda: una espada los ata y lastima. Recuerdo tantas cosas perdidas. Cosas que se pierden y aparecen de pronto gritando en mil pedazos su presencia. Se pierden motos, bicicletas, carros, hasta avioncitos a control remoto se han perdido. Se pierde una vaca, un caballo. Se pierde una volqueta, un camión, hasta un helicóptero se ha perdido. Se pierde un muerto, un simple muerto se ha perdido. Todo aparece por fin adherido a una bomba. Bomba, dícese del sufijo adoptado en el país de la muerte perdida para encontrar a sus muertos. Camino azorado pensando cuál de las cosas perdidas se me presentará de repente. Faltan diez minutos. Me detengo en la esquina. Compró un cigarrillo y un tinto. Alguien deja una bolsa en la acera de enfrente. Es un pordiosero, después volverá por ella, pienso. Camino hacia ella. Paso de largo. A mis espaldas estalla la ciudad. ¿Bolsabomba? Beso el pavimento debajo de trozos de aluminio, vidrios, ladrillos, postes, cables, me hundo en la calle. Siento suavemente que se termina la tercera etapa. Me rinde demasiado.

Cuarto

Sentado en el parque siento mi cuerpo. Dos agujeros en el pecho, el brazo izquierdo no me acompaña. No sangro. No me duele el cuerpo. Siento frío. Recuerdo la charla con el joven, con el contratista, con el empleado. Repiten sus consejos mecánicamente: no escribir sobre balas perdidas, esquivar los muchachos, evitar los pordioseros, y si llevan bolsas sospechosas, girar inmediatamente.

Pienso en como son de cortas las vidas. No se puede con el tiempo. Avanza el sol inexorablemente fermentando la vida. Se despierta uno de morir cada noche. Dormimos demasiado. Pero, sino dormimos es imposible disfrutar el día. ¿O será que queremos disfrutar muchos días? La vigilia total es posible pero se agota rápidamente. Somos demasiado débiles para afrontar las vidas que nos dieron. Jueves, por fin jueves de Júpiter. Rey de reyes, soy dueño de mi jueves. La úlcera sigue viva. Debo tomar otra pastilla. No me llama la atención el trabajo. Estoy deprimido. No se puede hacer nada con estas vidas tan cortas y para colmo tener que trabajar, es demasiado para este jueves, dormir, trabajar, ¿cuándo vivir?

Mis disculpas, señor patrón, estoy demasiado enfermo. Voy donde el médico. Conseguiré el certificado para justificar mi ausencia, no es por faltar, la úlcera me sangra, señor. Sí, mañana sin falta estoy allá. De locha, la *fiaca*, hoy es para mí. Hola mamá, tú siempre estás ahí, espero que así sea; aunque muera mil veces siempre quiero verte ahí. Sigo juicioso como me lo pediste. Fumo un poco pero ya no tomo más. Te quiero madre, debiera de haberte dicho tantas

veces que te quiero. Me siento culpable de tu tristeza. Chao, mamá. Camino con deseos de leer. En la biblioteca busco el libro. Leo mil libros sin encontrarlo. De los estantes me hablan mil voces extrañas. Tose Kafka, tose con rabia. Se disculpa, él siempre se disculpa de alguna falta que cometiera sin querer. Le limpio el polvo, me agradece. Respira mejor. Anaís me susurra al oído lo frío que se volvió Henry. Siento sus líquidos. Me lleno de ella. Don Tomás destapa la botella. No, señor, le prometí a mi madre no tomar. Me cuenta del Medellín del novecientos. Se anima la reunión. Los dejo para cumplir la promesa. Paso frente al cine. Luis Alberto me recomienda cien películas. Le hago ver la vida corta que me han dado. Me las resume magistralmente. Agradecido siento la necesidad de muchas vidas para hojear siquiera una vida, su vida. Sonríe y se deshace su corazón como una película quemada en su cama de hospital. En el parque central la escultura de Brunelda reniega del tren. La opaca, se pierde Brunelda en un rincón. Como un niño regañado Pedro Justo se une a la protesta. Es un ultraje. Con su metro y cincuenta centímetros perdió categoría ante los monstruos que tiene que soportar de compañeros. Brunelda con sus cuatro metros de altura y su metro y treinta cinco de ancho llama la atención con sus carnes al viento. El caballo orgullo de la raza relincha victorioso en una esquina con sus cinco metros de cemento. Para colmo de los tres el tren los aplasta con sus quince metros de altura. Puntitos en el corazón de la ciudad. No se ven ya los rieles del tranvía. En el edificio Constain pido un tinto y un cigarrillo, por favor. Escucho el tranvía. Sombreros negros. Trajes negros. Danza de paraguas negros. Tengo fiebre. La úlcera está viva. Alguien me pide

que lo siga. No se asusta con mis agujeros. No le interesa mi brazo izquierdo. Antes, toma ventaja de ello, doblando con fuerza mi brazo derecho. Siento su cuchillo en mis costillas. Solicita mi bolsa o su vida, cada uno puede escoger. Lloro y coge mi bolsa. La clave es treinta tres, señor ladrón. Saca y saca de mi bolsa. Se lleva toda mi bolsa. Tiene usted muy poca bolsa, ¿qué más tiene? Me sobran vidas, señor, la toma o la deja. La tomo. Cuarta etapa. Pasé una vida sin trabajar, la entrego con placer.

Quinto

Un viernes de mil novecientos tal, no quiero escribir del dos mil, con lo que nos pasó en el siglo veinte tenemos suficiente para no cansarnos de recoger lo que sembramos. Es un viernes de un mil novecientos que agoniza. Obligado vuelvo al trabajo. Camino alerta a cada paso. Recojo un muerto que yace en la avenida. Me agradece el gesto y se pega presuroso a mi espalda. Pide disculpas por la incomodidad pero dice que así tiene que ser; además tratará de no pesar demasiado. Yo, en cambio, lo siento dejar caer su peso sin miramientos. Pesan sin querer los muertos. Mis rodillas se doblan. Respiro profundo y salgo con mi muerto. Durante el día trabajo con gusto pensando en el fin de la jornada. Es viernes y ya tengo compañía para el descanso. Recibo el sueldo que mi acompañante se embolsilla. Respira ansioso. Sudan sus manos contra las mías. Pido dos cervezas. Me las traen con un solo vaso. Tomamos agradecidos. Nuestros pensamientos se cruzan en el silencio que nos imponemos.

¿Qué hago con este muerto? ¿Por qué no me enterrará de una vez por todas? Al menos por un rato conversaré con él. Disfrutaré estos últimos momentos. A veces quisiera morir, le digo mirando sus huesudos ojos. No me acuerdo de haber muerto, me dice sonriendo. Yo tampoco fui testigo de tu muerte, creo que eres un N.N. Debe ser, esperé largo rato en mi puesto de muerto pero nadie se acercó a recogerme. Al principio, llegaron algunos, luego partieron presurosos. Nadie lloró, alguien requisó mis ropas, nadie me recogió. A veces me aparto espantado de ustedes, dan miedo, se están muriendo demasiado aparatosamente, con mucho escándalo. Es horrible verles las tripas, la sangre. Debido a eso cargo sábanas para cubrirlos. Eres un tipo cuidadoso, se conversa bueno contigo. ¿Otra cerveza? Está bien. Sí, lo que dices es cierto. Para nosotros también es un poco penoso morir tan escandalosamente, uno como muerto también tiene su orgullo ¡Qué más quisiéramos que morir como antes! Llevar un bello traje, un rostro maquillado, de muerto, como debe ser. No como ahora, con el cuerpo descuartizado, quemado, torturado, lleno de huecos. Eso, si te encuentran, a muchos de nosotros nos toca pudrirnos en basureros, en cloacas, morir varias veces antes de desaparecer para siempre. ¿Cambiamos? Sí, por favor, pidamos aguardiente. Brindemos, mi buen amigo. Sigo vivo pero mis amigos están muertos. Tranquilo que pronto te reunirás con ellos, ya lo verás. No es halagador lo que dices, pero es cierto, claro que uno nunca se acostumbra, se muere solo una vez. No creas, se muere cada día un poco. Sí, eso me martiriza. Me duele morir por culpa de esta vida que se pasea a sangre y fuego por mi tierra. ¡Salud! Salud. Bebamos

hasta caer como piedras. O como muertos. Eso. Las botellas vacías se alejan. Luces amarillas se montan sobre la realidad. Saltamos, cantamos, exultados callamos para tomar aliento. Abrazados, mí muerto carga conmigo. Nos acostamos en una fila que él dice conocer. Al final nos esperan, susurra. Me veo muerto el viernes. Policías, reporteros, ambulancias, llanto, gritos, aullidos. Los muertos del viernes estábamos borrachos. Nadie supo cuánto disfrutamos esa noche.

Sexto

El sábado es un día doble. La mañana es lo que llaman día hábil. Día hábil para producir plata. La tarde es de descanso. A veces trabajo en la mañana. Otras veces, hago diligencias pendientes: pagar cuentas, tratar de pagarlas al menos o pedir su prórroga; en el banco, juegan bien con nuestra plata; pasar por el mercado; visita al taller para revisar tus “cuatro patas”. Vueltas, vueltas que te envuelven. La tarde es para la siesta, la familia, el cine, una hamburguesa, unas empanaditas. Ir a misa para no madrugar el domingo. Recuperar tu cuerpo. Sábado, día del descanso de Dios. Trabajo a media máquina para no ofenderlo demasiado. Claro que su descanso fue definitivo. Nunca más tuvo otro lunes. Yo tengo demasiados lunes para trabajar. Querido Dios, en tu descanso infinito recíbeme un lunes, un martes, trabaja por mí un solo día de mi descarriada vida. Que mi jornada sea tu jornada. No es para tanto, dirás en tu sabia bondad. Mi trabajo ya está terminado. Todo parece imperfecto, susurro atemorizado. Trabajar es tu destino, sentencia despectiva-

mente. Suena descarada tu confesión, me atrevo a replicar. No provoques que sea un asesino, amenaza por fin.

Llaman para un trabajo, maldita sea. Trabajo es trabajo, me digo para animarme. Necesitan que instale unas lámparas para una verbena de una parroquia en las laderas. El ambiente es festivo. Hago mi trabajo. Dos monjas que ofician de anfitrionas me brindan unas cervezas con un plato de morcilla. Gasto otro poco para colaborar con la construcción de la cancha de fútbol. El cura me pide que por mi seguridad es mejor que me vaya, ya van a cerrar el barrio. Me aconseja no pararle a nadie. Salgo raudo en la camioneta. Por fuera de la verbena el barrio está muerto. Al final de la loma unas piedras estropean el auto. Salen unas sombras de los costados. Acelero y revienta el aire en mis oídos. Esta vez me coge la bala cierta y real. Muero con ganas y en una forma total.

... Y, séptimo

Un largo domingo en casa, es el final. Sin fuerzas para morir vivo mi soledad. Una sed milenaria despierta mi cuerpo lleno de agujeros, baja por mi brazo hecho trizas, continua por el pie volado en otra vida. Camino sin cojear. Arde la úlcera, la siento viva y fuerte. Atacado trago la última pastilla. No debo apurarme, tengo toda una vida para descansar. ¿Será la reencarnación una posibilidad? Valiente descanso volver. Sin deseos baño mi cuerpo como la primera vez, el agua fresca rejuvenece mis delirios. Aseo mis dientes, mi cara, me rasuro con deleite. Un rostro animado me mira desde el espejo. Relajo lo que me queda de nervios y de músculos.

Domingo de sol, día de zapatillas, misas, primeras comuniones. Día de conos, pompas de algodón azucarado, maní, mango biche. Domingo de sol, de visitas, días de familia, la abuela, la tía del otro barrio. Domingos de infancia. Fácil verlos ahora tan diáfanos y ligeros.

Hago lo de siempre. El periódico dominical trae su amasijo de pasatiempos. Leo buscando las palabras precisas para el crucigrama que se dificulta pesadamente. Paso de largo la página. El horóscopo me augura salud, trabajo, amor; que debo empeñarme en consolidar el rumbo trazado; constancia, mucha constancia. Pienso en lo mal que me ha ido haciéndole caso a mi signo. He vivido para durar, lo he logrado. He durado demasiado. Siete vidas gastadas. He cumplido mi destino. ¿Cómo será morir de viejo? No me atrevo ni a pensarlo. Que cada cual descienda lentamente después de vivir la vida que le escogieron, de pronto hasta escogida, ésa, la vida que nos tocó vivir. Pero se nos trunca el recuerdo, se pierde la memoria. Ya no nos interesa el pasado, queremos vivir el presente, el ahora, el ya, *the now*. A pesar de todo, el pasado nos persigue. Somos el fruto del ayer. Se nos viene encima tan frecuentemente el ayer. Somos unos dados tirados sin pensar. Nos jugamos la vida como ayer en una mina. Las raíces nos persiguen hasta el final. Se destroza tan fácilmente un pasado. Cortemos por fin el cordón que nos alumbra. Desfallece mi pluma verticalmente.

El domingo se torna largo y tedioso. El silencio reinante me asfixia. Todos descansan con gratitud, pareciera que la paz circundara el vecindario. Duermo un rato.

A las cinco en punto de la tarde suena el teléfono iretumba el timbre! ¡gritan en la puerta! un sonido ronco de

motor surca sobre el techo. *Eran las cinco en punto de la tarde...* Lloro sin deseos de morir. Siento al asesino rondar por las ventanas. Trago mi sangre con deleite al rasgarse mi vientre en mil pedazos. Quiero morir sin alardes de primera plana en este domingo, de este mes, de este año, en mi cama, con un dolor humano. Me salvo de este destino escrito por el anónimo certero que vigila mis pasos. Muero por fin atacado por mi cuerpo. Un dolor fuerte y largo se posesiona de mis últimos suspiros. Debiera ser de otra manera para continuar el relato. El relato se queda trunco. En el país de la muerte perdida muero de adentro hacia fuera. Salen tintos, cigarros, tragos de licor. Toda la basura acumulada en siete vidas muertas por otros. Muero sin dejar un asesino. Muero por fin con mi dolor. Es triste morir. Es más triste morir diariamente con el dolor de mis hermanos; con el dolor de mis hijos; con el dolor de mis padres; con el dolor de mis ancestros. Muero tranquilo mi muerte; ya no puedo más con la muerte ajena.

Sin punto final

Mientras camino a su lado, atraído por la atmosfera circense de sus actos, lo recuerdo dirigiéndose a los pocos pasajeros; primero con chistes blancos para hacer reír a los niños y que los adultos no entendimos; luego, devolviéndose con la navaja en la mano para insistir y ver aparecer el escándalo del público ante un payaso atracador; después, cuando volvimos la mirada y su figura era como un péndulo caminando de un extremo a otro con los dibujos ensartados en la navaja que ofrecía en cada silla, se detenía y la subía al cuello para el acto final ignorando al único que se podría conmover, al único que podría convencer de comprarle algo, y repetía la cantinela del gremio, pero sin insistir, o mejor, omitiendo el pague dos y lleve tres o el lleve todo a mil o usted decide el precio. No, argumentando su entrega al arte, no el acto de caridad de quienes lo escuchaban; al contrario, fustigaba la avaricia y la sequedad de nuestras miradas al cuadro, al señalamiento de las diminutas cicatrices, nuevas o viejas, abiertas o cerradas, afirmando que estaba dispuesto a llegar hasta el final y cortar a través de una vez por todas para quedarse tirado a nuestros pies.

—Sentémonos por acá, por favor —le digo sin cogerlo del brazo ni forzarlo, con el atrevimiento de quien tiene unas

monedas y amenaza con lanzarlas a los ojos del otro para embrujarlo y obligarlo a caminar detrás como un perro. Quise recogerlo como a un trozo de periódico mutilado y sucio para envolver unos minutos de ocio que no le debía a nadie. Unos minutos para que todos nos miraran con asco y tal vez nos aventaran a la calle con brusquedad.

—Sentémonos en la del fondo, que está libre —repito mientras pienso en los vagos que no faltan por allí roncean-do toda la mañana con un tinto en la mano para espantar el hambre, —en estas sillas y mesas metálicas, donde no se puede escribir, en esta estación del Ferrocarril llena de trenes fantasmas. —Miro el patio sin trenes, sin el ulular de sirenas acosando a los retrasados, sin un niño que llore la partida de alguien, sin fogonazos que vicien el aire, sin rieles que se desvanezcan en los recuerdos, con Cisneros mirándonos desde sus ojos verdes. —Antes que esto se llene de los artistas del miriñaque y del estraperlo. No se canse ahí parado —le ruego.

—Un rato, tal vez un rato... ¿vos y yo juntos otra vez?

—Venga y me cuenta algo, hombre, venga y me cuenta una historia que valga la pena.

“Una historia que tenga la fuerza, la tensión y la crudeza de lo que hace usted todos los días en los buses, una historia que encare a mis lectores como lo hizo hace unos instantes con los pasajeros encerrados en sí mismos, haciéndoles pre-sentir los goterones de sangre que correrían por su garganta, al final, cuando no se metían las manos en los bolsillos a buscar monedas y usted los amenazaba con terminar su actuación. Una historia para salvar el pellejo y conseguir la guita, como dice usted, con ese acento argentino tan

agradable y decidor, con ese tono que me trae la sorpresa de alguien del sur tan fuera de tiempo y lugar, para mis gastos, que tampoco son tantos, cosas como las que usted necesita, y cualquiera también: techo, comida, cigarrillos, una cerveza”.

De pronto me detuve avergonzado, como si estuviera hablando solo y apenas lo notara. Lo miro pegado a la cerveza, con ella entre las manos como un niño protege el biberón. Bebo de la copa rebosante hasta dejarla vacía. Fumamos.

—¿No me reconocés, *atorrante*? —interroga de pronto; la pregunta me pareció estúpida y no quise responder al insulto. —Si serás *turro*, vos —agrega.

Pero claro que su figura me recordaba a muchos rostros que había visto en los periódicos, en las comisarías, en los bajos de los puentes del río, en las esquinas de los barrios arrastrando un costal o un coche de alambre. Tantas veces había visto su rostro masacrado en la búsqueda de la noticia: una estampa deteriorada de Pierrot con un desafortunado fondo blanco en las mejillas donde resaltaba una hilera de pequeñas gotas azules que nacían en sus ojos simulando lágrimas; una nariz de hule cuarteado y descolorido, rayones de colorete agrandándole la boca, camisilla blanca de tela ordinaria que mostraba su falta de oficio, su rebusque como payaso alternativo.

Me mira retador a los ojos, después contesta una pregunta que no hice:

—Lo del acento lo aprendí en los bajos del estadio. No, en los camerinos no —dice cuando le pregunto en cuál equipo.

—Lo aprendí en la Oficina de Artes.

—¿En el estadio? —vuelvo y pregunto.

—Sí, fui ayudante de unos titiriteros, un recetario artístico para repetir el día que le toque a uno actuar —explica orgulloso, —pero por ahora lo voy a olvidar.

—Así como antes, allá en el bus —lo interrumpo.

Le insisto con lo de que me cuente historias y me dice que le gusta el negocio que le propongo.

—¿Y... todos los días? —pregunta como aceptando.

—Sí, todos los días a la misma hora lo busco por el Carré —le sugiero.

—No, mejor te espero en el paradero de la 310 —dice sin ningún prejuicio.

—Bien.

—¿Qué querés escuchar, *che*? —dice y se explaya en la silla del bar como un viejo cliente.

—Espere, espere un momento, tengo una, o mejor, necesito una historia con usted para resolver un problemita —vuelvo a interrumpirlo. Me mira quisquilloso con una mueca de no entiendo, entonces la entrevista se prolonga en largas horas de tardes sin trabajo. —¿Ve ese man de la moto?, sí, el que aparenta llamar por el celular, sí, a ese cazador de cabezas lo mandan todos los días a seguirme, sólo para hacerse notar, para recordar la sentencia de muerte del patrón por mi trabajo sobre Quincalla —trata de mirar por encima de mí, mientras me escucha. —¿Lo leyó?

Porque yo denuncié en esos artículos la podredumbre de Quincalla, la red de sótanos hediondos y de los otros también, los de mármol importado con sombras cargando mercancías como hormigas. Mostré la ciudad subterránea, con un jefe inventado al que no le faltan parecidos en este mundo. Esto me lo guardo y sigo:

—¡No se ponga de pie! —lo detengo y lo empujo a su silla—. ¿Se quiere morir o qué? Esos no se arrepienten ni dudan como nosotros; siéntese no más y escuche, si viera qué joya de investigación, futuro Premio Simón Bolívar, seguro, pero cuando estaba llegando al centro del cráter me pegaron el susto del putas, perdone la grosería pero me indigno con esto. Tuve que parar, pero tranquilo que sólo quieren asustarme, o mejor, refrescarme el susto del día en que me oriné en los pantalones al ver la foto de Anaí con una cruz en la frente. Ahí dejé todo y me dediqué a otras cosas. ¿Tiene mujer?

—Sí, una *mina* preciosa, Ana Isabel, es decir, tuve...

—¿Qué?

—Sí, como lo oíste, Ana Isabel...

Quiero seguir sin que sus palabras me perturben, pero el eco de ese nombre se queda por un rato entre los dos, sin hablar, mirando al piso o la algarabía de la barra.

—Anaí se cansó de mi paranoia —arranco a contar como si todo empezara, con la tranquilidad incierta de hablarle a un extraño—, eso decía ella de mi trabajo, me dejó, empacó sus cosas y se volvió para Pereira, sin despedirse, sin una nota, como si ya estuviera muerto, pero la que tengo muerta es la mano. Necesito que me invente una escena bien tesa, que se trague un cuchillo que yo le pago la radiografía, ésa es la que vale la plata, que lo muerda una culebra y se quede en coma por unos ocho días, seguramente no tendrán suero antiofídico en el hospital, pero antes de que se muera le consigo un frasquito en el canal, para eso somos colegas, ¿no?, que se acueste en una tabla llena de clavos de cuatro pulgadas que todavía la gente se come ese cuento, ¿no se

sabe el truco?, sí, los clavos deben quedar a menos de una pulgada cuadrada, eso dice *La National*, la enciclopedia del nuevo siglo o que, simplemente, intentemos cambiar todo de nuevo y me cuente su historia para convertirlo en personaje.

A veces se distraía mirando sus pies columpiarse sobre el piso ennegrecido y grasiento en un ir y venir involuntario, pero volvía como si escuchara una campana que le anunciara la entrada al escenario.

—Te busqué —me dice, —sí, en lo de Anaí, supe que se casaron, tranquilo que no hay problema —dice con gestos de perdón y excusa—, aunque el acento en la i se lo puse yo, ¿te acordás?, su nombre lo conquisté en un juego de amor con letra de *gotán* y que luego vos aprendiste de memoria; te busqué por plata no más, sin ganas de verte pero necesitándote; vos tan caballero, *querido* —noto la burla en su cara de payaso mal maquillado, la soledad de un estadio en semana en la sonrisa que muestra el arco vacío de sus dientes.

—Oiga, señor payaso... —le digo, queriendo ignorar su insistencia en nuestro posible pasado en común. “Tal vez también yo tenga mi máscara, una máscara de piel, de ojos, una máscara de hombre normal. Seguramente nunca reconocerá en mí al que se desnuda en palabras que no entiende. Al que lucha sin poder cubrir la distancia que nos separa de la muerte con la voz de otros”, pienso...

—Oiga, señor, ¿quién lo maquilló tan mal, de verdad no está drogado?, esos rayones de carmín parecen decir lo contrario, ¿está de cumpleaños?

—¿Vos qué creés? *Vivo a la contra*.

—Pero no era para eso, era para lo otro, para motivar a los clientes en el bus a que le dieran dinero. Nos asustó

con esa vieja navaja amenazando con cortarse el pescuezo si no le comprábamos las viñetas; eso sí era una actuación profesional.

Supongo algunas caras atentas a nuestro alrededor y dramatizo:

—Las manos me sudaban, señor, aferradas a los tubos para no lanzarme a detenerlo, esperando que otro saltara desde alguna silla, viéndoles el miedo pero acosándome para que lo desarmara.

Y luego, claro, vendrían las lágrimas fingidas por la falta de coraje para terminar de una con todo, los hijos en casa muriéndose de hambre para ampliar el escenario. Ahí sí sonarían los bolsos y se abrirían las billeteras, por acá una lágrima convence más que una gota de sangre. Pero nada, señor, ahí no hubo tal demostración, ¡usted y el niño de la película con sus manos de tijeras acariciando cabellos de mujeres maduras son unos actorazos!, pero usted lo superó: pintor, payaso, suicida, vagabundo, ¡lo felicito, hombre!

Levanto la copa, llena de nuevo hasta el borde en un brindis que me hace inclinar para tocar la suya, lo palmeo suplantando una campana:

—Si sigue así le colgarán una medalla de maíz. —Callo. Las voces de otras mesas no nos llegan, estamos solos en un bar sin una silla vacía. Recostados contra la pared izquierda, mirábamos replegarse la luz del día trepando sobre las fachadas de los edificios de enfrente como una enredadera.

—Después de sus lágrimas salí conmovido detrás de usted sin cogerle del brazo, ya lo ve, somos colegas, usted buscando monedas, yo, historias de sangre y lujuria. Y mire usted que por aquella época, que todos recordamos como

la época de las bombas, me dio por escribir cuentos para soportar la mordaza y ahí sí que se empeoraron las cosas, enloquecí con eso, ¿se imagina la novela por entregas en un periódico sensacionalista?, la gente se reía al leerlas. Fue cuando escribí lo del cuidador de Manrique, pero mejor le leo el cuento del corredor, el del video de D. E. M.

Lo miré al terminar. El bebió de su botella sin afán. Destrozó las cenizas de su cigarrillo casi terminado.

—Nada autobiográfico, *burro* —comentó después, pero te sale, y...

—¿Y? —pregunté ansioso.

—Que se te ve el miedo por encima, *che* —contestó—, pero lo del papá, lo de la prima, la casa en Villa Hermosa, eso sí es una biografía disfrazada.

—Pero yo no escribí eso.

—¡Ah! —rió tapándose la boca con la mano libre—, también vi el video del atleta, *pelotudo* —recordó con los ojos volados, hablando con la inteligencia del porteño. —¿No me distinguís? —reí de esta expresión campesina. Luego le leí la historia del escritor que se gana un concurso después de muerto. —Por vos se exige en los concursos que el escritor esté vivo —sentenció divertido.

Trato de justificarme ante su mirada perdida:

—Llegaron a pensar que el cuidador era la historia de un fantasma que asustaba niños en las calles, ¡qué tal! Por eso hoy necesito hablar y hablar por horas; es menos comprometedor; tal vez sabrá usted lo de que a ellas se las lleva el viento, lo de oídos sordos, pero éstas no son necias, son necesarias, ¡eso!, necesarias —inhalo con ansiedad, bebo, espero un minuto. —Renuncié a la chiva, al éxito,

a los billetes que consiguen un carro rojo o blanco, a un apartamento nuevo; y renuncié al reportaje, a la crónica, a la columna semanal, todo eso por estas fantasías que le he contado y que me revolcaron el trabajo, como la del muro donde la gente se congregaba a contar las crucecitas diminutas que las madres marcaban en él para recordar a sus hijos muertos, ¿se imagina?, y nada mi señor, que estoy que me botan porque la realidad se parece cada vez más a la ficción, pero en el periódico exigen que escriba sobre la vida real en cifras y sin emociones y viene usted y se me presenta con esa facha de escritor venido a menos, pintado de payaso, sin dientes y hablando con ese tonito, no joda, ¿dónde puedo dejar mis emociones para escribir su historia?, ¡si es que la entienden! —apago el cigarrillo con furia en un cenicero lleno de colillas y residuos de naranja que se riegan sobre mis pantalones. Me levanto un momento para limpiarme. Vuelvo a la silla. —Pero siguiendo con la trama, los familiares de Anaí querían vender el almacén, ¿sabía?, el nombre no les importaba, así lo llamaban, El Almacén.

—El Gran Bazar —me dice.

—¡Se fajó, ése es!, ¿cómo lo supo? —le miro los huesos escurrírsele por las mangas de la camisa como bastones que sostienen a un inválido; afuera los oficinistas corren desmirriados, borrosos y cabizbajos para huir del Centro a donde llega la noche y con ella el peligro de los cazadores de cabezas. —Estaba situado en lo mejor de Quincalla —sigo—, al lado de Hollywood, al frente de ese sótano inmundo donde me reunía con papá, y yo como un tonto regalado para ayudarles a vender; veía su miedo, su incomprensión de la maldad. Me contaron chismes que habían escuchado sobre

deudas que los paras se negaban a pagar, sobre documentos rotos a punta de pistola, les daba miedo que los chantajearan, que los secuestraran, además sabían que en esos negocios con ellos ofrecían tierras en Córdoba, reses en pie, camperos, dólares y, a veces, hasta pagaban con coca, pero les dije que no, que qué va, que ya había investigado, que estaba escribiendo sobre Quincalla, que conocía gente muy decente, que no le pararan bolas a eso. Pero el patrón se dio cuenta del truco, que en realidad estaba escribiendo sobre las miles y miles de cajitas que circulaban en Quincalla de almacén en almacén desde los contenedores que tenía en una bodega en Envigado; se puso furioso conmigo y montó un payaso, alguien como usted, no, mentiras, no como usted, usted es un ángel, el otro era un asesino con pinta de ángel y yo le creí, ofrecieron y negociamos, me llevaron a una oficina en El Poblado, súper elegante.

—¿Y?

—Y me comí el cuento.

El cuento que no le quise contar fue que en la tarde un campero blanco pasó por el Parque Principal, a la fuerza me subieron y taparon los ojos y secuestrado me llevaron a su Oficina, un potrero aledaño a la cárcel, sólo estuve 24 horas, sin violencias, sin tocarme un solo pelo, nos pusimos a ver una película durante toda la noche, ¡películas familiares! Toda mi familia, la de Anaí, nuestros hijos, con un trabajo artístico que me impresionó: todos teníamos una cruz en la frente como si hubiéramos salido de la iglesia en un miércoles de ceniza. Al final el patrón se presentó, me obligó a jurarle que dejaría de seguir investigando las historias que salían en el diario o si no esas cruces se harían realidad; para

despedirse saludó mis pelotas con una patada que me dejó sin alientos; después rodé por las transversales sin un peso; regresé a pie en la madrugada a la pieza del hotel.

—¿Cuál cuento?

—¡Bah!, basta de literatura, ya no tengo ganas de seguir, señor payaso, sólo quisiera intentar la última nota sobre Quincalla a ver si ese cacique me pega un tiro de verdad para acabar con todo esto, o tal vez si lo llamáramos, tome el teléfono y busque a Don F., ahí lo encuentra, dígame dónde estoy, o mejor, me lo pasa para saludarlo.

—Julio —me dice, —Bulla, después, como si no me hubiera escuchado, como si no le importara, ¿terminaste de leer *Masa y Poder, El muchacho persa y...*? —libros que nunca le devolví al primo de Anaí, recuerdo, pero éste reclama con insistencia como si lo conociera, “qué se traerá entre manos al cambiarme el nombre, ¿sí será capaz de cortarse la garganta?”, pienso mientras lo veo esquivar las mesas de billar para llegar hasta el baño. Al sentarse dice algo que no le oigo bien.

—¿Qué? —le pregunto.

—¿Todavía con Arias? —pregunta él pero no le respondo. —Te he leído, en periódicos viejos. —¿Aún con Arias? —insiste.

—Sí —le contestó por fin. Prende otro *Pielroja* y me restriega una bocanada de tabaco negro que me hace pensarlo parado en la esquina de Farolito después de salir del pasaje con su paquete de vicio para llevar a la 84. —Bueno, parece que lo estoy confundiendo...

Sus ojos me traen un sueño de lecturas repetidas, el miedo se esfuma en la idea del destino de otra persona, un

personaje que muere en un cuento, alguien a quien hice daño y regresa a cobrarse, “¿será El Cobrador?”. El gesto repetido de recomponerse el cabello, obstinadamente negro y abundante, me recuerda de nuevo al primo de Anaí, su bondad y su estupidez al abandonarlo todo.

—Inventemos algo serio —le digo después de un largo silencio durante el que bebemos ya como iguales. —¿Y qué tal si se le tira al Metro? —lo interrogó—, —usted tiene porte de Maradona y seguro alcanza a saltar más allá del tren. Hágale, hágale, señor, que le consigo algo grande. Pero ya para qué, en ese diario de crónica roja ocuparán mi puesto con cualquier primo del director que sí escribirá lo que necesitan. Porque Arias sí es un tipo inteligente, se la jugó con la publicidad, negocios necesarios, decía el muy imbécil y recibió millonadas de esa gente de Quincalla, a los que denuncié. Escribió sobre tetas explotadas por siliconas de segunda, nalgas deformadas por aceites industriales, travestis, homicidios, coca, bombas, gatos de dos cabezas, brujos, curas maricas, monjas asesinas. Todo con su foto, chiva sin foto es lo que el director Arias llama un pajazo mental. Tranquilo que en la Plaza Botero, Fernández toma fotos a mil, y muy buenas, no se ría, señor payaso.

—¿Y el texto?

—Se lo pone usted que yo ya no sirvo para eso, no se duerma, tómese otra copita que ya termino.

Recordé cómo miraba pasar las cajas y mi vena de inventor de historias las abrió, les encontró piezas de metal nuevecitas que casaban como un mecano, salían pistolas, fusiles, revólveres, lanza-morteros y miles y miles de municiones forradas en fajos de dólares que eran reempacadas

en altamar. Y escribo esta cosa en vez de lo sabido por el gran público: mercancías de China, Corea, Japón; quise arriesgarme con datos ciertos y datos inventados para que los lectores pensarán lo que podría suceder si esos canales de envío existieran de verdad y por qué nadie los denunciaba al pasar ante nuestros ojos y un despistado de la Fiscalía se comió el cuento. Se vienen luego a esculcar las cajitas ante las cámaras de televisión y aparecen relojes, gafas, zapatos, carteras, hasta motos desarmadas y nada de mis historias, porque lo del capo era cierto, pero lo de las cajitas era una fantasía, ellas viajaban en aviones a mil metros de altura y no como hormigas en los sótanos. El de la Fiscalía me hijueputió, pero de todas maneras al patrón le cerraron los negocios por tres días y fue la primera vez que su limpio nombre figuró como un cuchillo ensangrentado en los periódicos de la capital.

—¿Por qué no te mató después de semejante escándalo? —su voz silbada recuperaba el hilo de la historia.

—No me mató pero me aprisionó en este oficio de relator de las inmundicias de las calles que él hace y que yo escribo en este periódico de mierda para cumplir mi parte del trato.

—*¡Dejate de joder!* Te vendiste.

—¡No!, me aprisionó. Las fotos que Don F. mandó con el de la moto fueron un mazazo que me dejó con amnesia total; parece que leía entre líneas o tenía lectores expertos que sabían interpretar el dato escondido, lectores competentes que le esbozaron toda la historia en forma lineal. Volví al puesto en el periódico de Arias y seguí buscando noticias de muertecitos celosos, de riñas de bandidos por fuera de las masacres y de las bombas.

—¡Pavadas! Jugaste bien y ganaste —me cortó. —Yo ni siquiera soy capaz de enfrentarte sin maquillaje, menos aún, de revelarte todo lo que pasó: es mejor seguir como antes, como si no nos conociéramos.

Sus ojos se llenaron de una luz que me inquietó, sentí el deseo de escribir a su lado, de rellenar de palabras las copas vacías, de esconder con metáforas la basura de cigarrillos, de borrar con elipsis los sobrantes de naranja, de opacar con ritmo y color la bandada de voces cada vez más fuerte y desordenada, era como si tuviera a T. al frente, su mirada me enternecía pero sentía repulsa ante él.

—Pero, ahora que recuerdo, señor, tengo una historia que parece real, para mí es real, tiene los ingredientes de un cronicón de Etiqueta Roja, el periódico de Arias; es pura ficción, escuche: “Como Carlitos Manrique lo conocimos; así aprendimos a nombrarlo sin llegar a conocerlo bien. Desde el pasaje salía todos los días con la sonrisa descansada del que se levanta a las diez de la mañana. Se abrió lugar de quinto en la sillapiedramesa de la revueltería, aceptando y consumiendo los Luquis de Luis hasta que llegó con su paquete y todos rieron escondiendo los rumores de su descaro. Saludó a la barra de la 81 con una caja de cervezas y se adentró en el granero Farolito como otro cliente más hasta lograr una columna en el cuaderno de fiados de don Tulio. Armó campeonatos convocando las barras de las Nieves, de la 84, de la 44, de los Tiznados, y dando puntapiés de inexperto se hizo el amigo de todos. Para aprovechar el fervor de la cuadra comandó un club de fanáticos para vender camisetas, llaveros, credenciales, fotos autografiadas. Grabó un himno en un casete, vendió los pases de algunos jugadores a los negocios fuertes de la calle: la carnicería, la verdulería, a un

señor que manejaba un taxi y el último a la Acción Comunal, en papeles membreados del Real Madrazo y con sellos del colegio del monito Fleiss. No faltó quien se lo tomara en serio y vinieron a reclamar por el pase del Caratejo que llegó al fútbol profesional. Fue gerente de aquella empresa logrando guayos nuevos para todo el equipo y un cero del tamaño de un balón en disciplina para el monito.

También vimos cómo se desastró su traje hasta que no lo usó más cuando decidió no volver a bajar al Centro a buscar negocios. Le fue creciendo la melena y la barba y su vestido pasó a ser una camisilla blanca y una pantaloneta de dacrón verde. Vimos crecer sus músculos al uno, dos, tres que bufaba al levantar las latas llenas de concreto. Lo vimos adquirir la mueca del salvaje que domina la tribu.

Algunas cosas sólo las conocimos hace poco, cuando Luis, mucho antes de morir estrellado en su moto contra un poste de la luz en la cuarentaicinco, rumbo a su juego de billar en el Alaska, fue entrevistado en un documental sobre el tango; allí salió de nuevo la historia vieja de Tarzán, parte de su historial, su bautizo cuando mató al cuidador, el tío del que se volvió periodista, la banda que conformó en aquellos días con el corredor como su punta de lanza, los esfuerzos del Inspector por capturarlo, su llanto cuando mataron al hijo de la bruja de los ataúdes para niños y a su sobrino, el monito.”

—Desprolijo.

—¿Qué?

—Desprolijo, che, desprolijo. Tenés demasiada alma. ¡Y si descubris sus orígenes, quién te salvará! —dice con aire crítico. Me desnuda con su afirmación, veo correr la fantasía en su rostro, no en mis palabras, veo en la profundidad de

sus ojos el interrogante del lector común, absorto con la trama, olvidado del poema.

—Tiene razón, ya no se trata de salvar la vida, sobrevivir quizás, pero con ellos; sí, como T., ¿no le conté de T.?, usted es una de sus caras en un mal día, como cuando perdió a la niña de los rizos de oro; mejor le leo su historia para terminar: “*T. me lleva por las calles a conocer el mundo...*”

—Tal vez, tal vez... —dice con gesto cómico de duda.

—¿Y usted quién se cree para hablar así, refracado? —lo estrujo sin ganas, me levanto mirando al cielo.

—Volviendo a lo otro —dice con su última lucidez, —parecés Onetti, no, el escritor no, el otro Onetti, el amante, el que logró tener la desnudez de dos hermanas, sus primas, el lugar que yo ocupé y que vos usurpaste.

—¿Yo?

—Sí, vos, ¿no me conocés de verdad, *otario disfrazado?*, ¿no ves en mis ojos la historia que tanto necesitás? —grita como un loco, luego se calla. Quise recordar, pero las ideas subían como el humo a morir despedazadas en las aspas del ventilador convertidas en aire frío; huero. Después se anima y habla pausado y amigable: —Pero eso es historia antigua, cenizas; ahora lo importante es que el de la moto no te mate. Yo puedo morir por ahí en cualquier parte, en cambio a vos te matarán el día que te publiquen tu historia. De pronto comprendí el dolor, el odio, el viaje por las sombras de una vida que es real, no inventada, una vida que debía ser contada antes de que se extinguiera y no quedara ninguna huella suya, una vida que se podría salvar en la voz de un personaje.

—Tomémonos el último, mi señor, que la historia termina aquí —le digo mientras miro la plaza ya solitaria. Brindamos

sin chocar las copas. Pago. Nos levantamos sin despedirnos, como idos. Me adelanto. —Descanse si puede en esta silla vacía, con esos ojos verdes de Cisneros que se quieren ir lejos tras esa línea perdida de los trenes del pasado.

Me alejo sin rumbo a la sombra de la estatua del ingeniero Cisneros. —¿Por qué no me dejan tranquilo? —le interrogo en voz alta. —Estos fantasmas se me parecen, los quiero y los odio, pero me quedo con ellos, prefiero que usted se vaya de una vez por todas. Me volteo para señalarlo sin verlo ya, deseando que se vaya junto con el cazador, el capo y Anaí, iváyanse todos! El miedo me los traerá de nuevo como personajes que me ayuden a soportar esta basura de vida, junto con el corredor, con T., con el cuidador, con todos ellos hasta el punto final.



*Este libro se terminó de imprimir en
Editorial Artes y letras S.A.S.,
para el Fondo Editorial Universidad EAFIT
en el mes de septiembre de 2011*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 250 gramos,
las páginas interiores en propal beige 70 gramos*

La fuente tipográfica empleada es GoudyO1St BT

